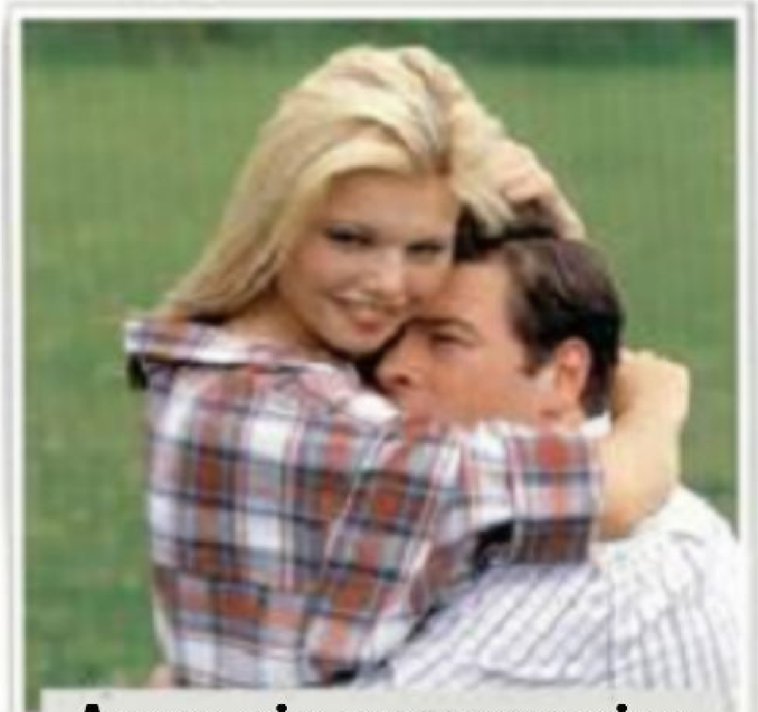




Amor sin compromiso

Susan Napier



Cuando Rachel se ofreció a ayudar a Matthew Riordan a desvestirse, sus intenciones eran totalmente inocentes. Solo había intentado evitar un escándalo… ¡Y a cambio está siendo víctima de un chantaje!

Metthew era irresistible; no necesitaba chantajearla para que se acostara con el. ¿Se trataba de una venganza por ciertas rencillas laborales que los enfrentaron? El quería que fuera su amante, pero, ¿actuaba movido por el deseo o por el rencor?



Susan Napier

Amor sin compromiso

Bianca - 1180

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *The Mistress Deception*
Susan Napier, 2000
Traducción: David Gallego Barbeyto

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

DISCULPE… ¿señor Riordan?

Matthew Riordan giró la cabeza y lanzó una mirada impaciente a la mujer de mediana edad que había entrado en el despacho.

—Lamento interrumpirlo —prosiguió ella, a pesar del ceño de Matthew. Avanzó hacia su mesa con un sobre grande en una de las manos—. Sé que me pidió que me ocupara de la correspondencia personal de su padre, pero… es probable que quiera encargarse usted de esto.

Matt se recostó en el respaldo del asiento y alzó las cejas al ver a la imperturbable secretaria de su padre tan inquieta.

¿Era rubor lo que encarnaban sus mejillas?, se preguntó incrédulo al tiempo que se ajustaba la redonda y dorada montura de las gafas.

Durante más de tres décadas, desde antes de que Matt naciera, esa mujer había defendido la empresa de su padre, Kevin, el cual siempre había recompensado su lealtad y la fortaleza mental presumiendo delante de todos de que nada podía poner nerviosa a su maravillosa Mary.

Su confianza en ella se había visto justificada hacía dos días, cuando Mary, tras oír un ruido extraño en el despacho de su jefe, había entrado a investigar y se había encontrado a Kevin con un ataque al corazón. A pesar de la impresión, había llamado por teléfono a una ambulancia y había procedido a realizarle la respiración cardiopulmonar hasta que el equipo médico había llegado. Luego había telefoneado a su esposa y a su hijo, había mandado un fax al subdirector, que estaba en Tokio en viaje de negocios, y había aplazado las reuniones previstas para esa tarde.

—¿Qué es? —preguntó Matthew después de que Mary dejara el

sobre encima de la mesa—. ¿Una carta bomba? —añadió burlonamente.

Mary recuperó la compostura y le dirigió una mirada severa, reprochándolo por su insolencia.

Matt se quitó las gafas. Tenía los ojos cansados. Luego agarró el sobre, en cuyo exterior podía leerse, varias veces subrayado, Personal. Lo abrió por una esquina y vio caer tres fotografías boca abajo sobre la mesa del despacho.

Le dio la vuelta a la primera y alzó las cejas, asombrado.

La fotografía, en blanco y negro, era de una fiesta celebrada dos semanas antes: Matt aparecía de perfil junto a una alta y voluptuosa mujer, cuyo brillante vestido con escote palabra de honor se ceñía a sus curvas peligrosamente.

Sujetaban sendas copas de champán y sonreían radiantes. Pero la fotografía no revelaba la historia entera.

La fotografía no mostraba cómo le había clavado ella las uñas, como castigo por el beso que Matt le había dado en el dorso de la mano. Ni reflejaba el estado de ebriedad en el que se encontraba.

No había advertido que lo hubieran fotografiado, aunque tampoco lo extrañaba, dadas las circunstancias. En cualquier caso, dudaba que la anfitriona, Merrilyn Freeman, hubiese puesto en peligro la intimidad de su fiesta invitando a un fotógrafo profesional.

Sea como fuere, era una instantánea totalmente inofensiva, que no justificaba que Mary Marcus tratase el sobre como si fuese una bomba a punto de estallar.

Matt dio la vuelta a las otras dos fotografías y, de pronto, se puso tenso y se ruborizó. Aunque no alzó la vista, supo que Mary le había lanzado una mirada reprobatorias justo antes de salir del despacho.

¡Menos mal que podía confiar en que mantendría la boca cerrada! De lo contrario, su fama de caballero se hundiría de inmediato.

Porque, en la segunda fotografía, Matt aparecía sentado a los pies de una cama, con el pecho al descubierto, mirando hacia la cámara. La mujer del vestido brillante estaba de rodillas en el suelo, situada entre las piernas de él. Las lentejuelas relucían en contraste con los pantalones negros de Matt, el cual la apretaba con las

rodillas mientras ella se sometía a sus deseos sexuales.

¡Dios!

Las mejillas le ardieron aún más cuando observó la tercera fotografía, en la cual aparecía Matt tumbado boca arriba en la cama, con los brazos estirados por encima de la cabeza y las muñecas cruzadas y atadas al cabecero de la cama. La mujer estaba sentada a horcajadas sobre él, con los pechos firmes y desnudos. La guinda de la lujuria quedaba representada por el látigo de cuero negro que había sobre el colchón.

Matt maldijo mientras recobraba parte de la memoria de aquella erótica situación. Cambió de posición para colocar su cuerpo de tal modo que no se notara su traicionera erección.

Estaba furioso, y excitado… y furioso por estar excitado. Lo habían manipulado, habían violado su intimidad, y, en vez de enojarse, ¡se estaba excitando!

Introdujo la mano en el sobre y lo sorprendió no encontrar ningún mensaje adjunto.

Aunque no hacía falta. ¡Sabía de sobra quién le mandaba las fotos!

¡Y pensar que al día siguiente le había mandado un ramo de flores para agradecerle que hubiese impedido que hiciera el ridículo, borracho delante de todos!

¿Cómo había confiado en ella? Le había hecho sospechar desde el día en que se la habían presentado. E, incomprensiblemente, se había dejado atrapar por ella.

Pero, aunque borracho había sido una presa fácil, sobrio le demostraría quién era él en realidad.

Miró la fecha del matasellos del sobre y frunció el ceño al darse cuenta de lo que significaba. Pulsó el número de extensión de Mary:

—Despacho del señor Riordan…

—Mary, ¿cuándo llegó el sobre al despacho?—quiso saber Matthew.

—Anteayer… por la mañana —contestó Mary tras hacer memoria—. Siempre abro su correo cuando llega al despacho y lo pongo sobre su mesa… aunque nunca miro el contenido si no me lo pide, por supuesto.

—Así que estas fotos llevan dos días a la vista-maldijo Matt.

—Sí, pero dado que el señor Stiller no ha podido volver aún de

Tokio, los únicos que hemos tenido acceso al sobre somos el personal de limpieza y yo —apuntó Mary.

Matt se relajó un poco al recordar la ausencia de su primo. De niños, había pasado mucho tiempo junto a Neville Stiller; pero su relación de adultos distaba mucho de ser cordial.

Neville, que había trabajado para Industrias Kevin Riordan desde que había salido del instituto, había sido nombrado subdirector hacía cinco años, y todos esperaban que asumiera el cargo de director cuando su tío se jubilase. A Matt, en cambio, no lo habían animado a seguir los pasos de su padre. Lo habían educado y dirigido para un trabajo que consumía la mayor parte de su tiempo: era el presidente de una sociedad que controlaba inversiones multimillonarias en los mercados nacionales, internacionales y de acciones.

Matt había aceptado hacía tiempo que no había sitio para él en la floreciente empresa de su padre; pero Neville seguía protegiendo con celo su posición como sucesor de Kevin Riordan.

De no hallarse inmerso en las negociaciones de un acuerdo crucial, habría regresado de Tokio inmediatamente para ejercer como director desde el despacho central.

Sabedor de la ambición de Neville, Matt estaba convencido de que su primo no habría tenido el menor reparo en fisgar en la correspondencia privada de Kevin. Y si hubiera encontrado las fotos, se habría llevado una enorme alegría al descubrir que lo habían sorprendido con los pantalones bajados…

Solo pensarlo lo ponía enfermo. Por suerte, Neville había tenido que aceptar la presencia de Matt al frente de la empresa hasta que él cerrara unas complejas negociaciones con una empresta japonesa con la que Industrias KR pretendía asociarse.

De pronto, se quedó helado:

—¿Sabes si mi padre tuvo tiempo de mirar el correo personal antes de que le diera el infarto? —preguntó.

—Supongo que sí —repuso Mary—. Empezamos con el correo comercial, pero… sí, es posible que luego le echara un vistazo mientras yo mecanografiaba otras cartas.

Matt cerró los ojos. Notó que las sienes le palpitaban. Estaba apretando el auricular con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Mary, tráeme un sobre tamaño folio —le ordenó, justo antes de colgar.

Luego, agarró un bloc de notas y garabateó un mensaje con su pluma de tinta verde.

Cuando Mary entró en el despacho, metió las fotografías y el mensaje en el nuevo sobre, cuyo destinatario escribió en letras mayúsculas.

—Asegúrate de que sale en seguida —le dijo Matt después de haber sellado el sobre.

—¿Correo normal o urgente?

—Urgente —repuso él. Quería que el tormento de su chantajista comenzara cuanto antes. Mary miró la dirección y preguntó:

—¿No cree que debería…?

—Hazlo y calla.

Cerró la boca, consciente de que había sido muy rudo. Mary alzó la barbilla, se dio media vuelta y echó a andar. Y Matt recordó que la mujer había sido tan leal a su padre como a él mismo.

—Perdona, Mary —se disculpó con sinceridad—. No quería gritarte. No estoy enfadado contigo. Esque entre hacer compañía a mi madre en el hospital y organizar las cosas de aquí, más las de mi trabajo, no he dormido mucho las últimas dos noches y me temo que estoy un poco irritable.

De niño siempre había reconocido sus errores y había pedido perdón con presteza, pensó Mary. Y parecía que seguía siendo igual de intransigente con sus equivocaciones una vez adulto.

—Solo espero que sepa lo que está haciendo —murmuró ella.

—Lo sé perfectamente —Matt esbozó una sonrisa depredadora —. Voy a vencer a esa chantajista con sus propias armas.

Capítulo 2

RACHEL Blair dio un sorbo de café mientras miraba una carta con el ceño fruncido. —Hola, ¿qué haces tan pronto levantada? —le preguntó su hermana mayor tras entrar en la cocina, vestida con su uniforme de enfermera—. Creía que ibas a quedarte un día más antes de volver a trabajar —Robyn fue a la terraza de la cocina y echó en la lavadora un puñado de sábanas arrugadas y toallas húmedas.

—Me sentía bien al despertar, así que cambié de plan —contestó Rachel.

—Bueno, pero no te esfuerces mucho —le aconsejó su hermana —. Tu sistema inmunológico todavía estará débil.

—Solo ha sido un virus —repuso Rachel—. Me he terminado los antibióticos que me recetaron. Ya no estoy resfriada. ¿Ves? —agregó después de inspirar por la nariz, despejada tras unos días de obstrucción.

—No entiendo cómo te las has arreglado para pillar la gripe en el verano más caluroso que se recuerda en Auckland —dijo Robyn. Rachel logró no ruborizarse.

—Supongo que voy adelantada —repuso con alegría—. El médico me dijo que era el virus de la gripe de este invierno que viene.

Por suerte, Robyn dejó de conjeturar cuál podría ser la fuente de la infección.

—Si tienes suerte —sonrió la hermana—, quizá le pongan tu nombre al virus.

—¿Una vacuna contra el virus Rachel? ¿Crees que podría pedir derechos de autor? —contestó Rachel, sonriente.

A los cuarenta años, Robyn seguía tan delgada y pequeña como

de adolescente. Tenía cabello rubio y unos ojos azules de muñeca que le daban un falso aire de fragilidad.

Rachel, diez años menor, era más alta que su hermana y que la mayoría de las mujeres que conocía. La anchura de sus hombros y la plenitud de sus pechos armonizaban a la perfección con una fina cintura, unas caderas redondeadas y unas largas y esbeltas piernas. Su rostro quedaba enmarcado por un cabello castaño claro, a juego con sus ojos, color avellana.

Sabía que tenía el tipo de cuerpo que poblaba las fantasías de los hombres.

De joven, le había costado afrontar la indeseada atracción que siempre había provocado; pero no había tardado en resolver que no permitiría que su cuerpo marcara el camino de su vida. Se había dedicado a usar ropas amplias y había desarrollado un sentido del humor agresivo y nada femenino.

—Lo dudo mucho —contestó Robyn finalmente—. Aunque apuesto a que a muchos hombres les gustaría poder decir que se han infectado contigo —bromeó la hermana, la cual, gracias a la diferencia de edad entre ambas y a que llevaba felizmente casada con Simón Fox más de veinte años, nunca había tenido celos de Rachel.

La lavadora hizo un ruido extraño y Robyn se giró y le dio una patada para animarla a que siguiera funcionando.

Por su parte, Rachel había devuelto la atención a la carta. Empezaba a cansarse de aquel acoso. Al principio, no había dado importancia a aquellas impertinencias, pero su paciencia tenía un límite.

Quien quiera que fuese el autor de aquellas cartas era un cobarde. Pero muy inteligente, pues nunca había dejado una pista que lo delatara.

—¿Qué pasa? —le preguntó Robyn tras oír el suspiro exasperado de su hermana.

—El ayuntamiento ha recibido un soplo de que dirijo un negocio desde este domicilio —repuso Rachel—. Me advierten que van a llevar a cabo una investigación y que podrían denunciarme por no tenerlo dado de alta.

—Será un error —contestó Robyn.

—¿Tú crees? ¿Y también fue un error que no recibiera ninguna

carta durante dos semanas, porque habían avisado a la central de correos de que me había cambiado a una dirección inexistente?

—¡Oh! —Robyn se llevó una mano a la boca— Eso me recuerda que Bethany me dijo que te había llegado algo urgente ayer por la tarde. Estabas dándote un baño y ella se marchaba al entrenamiento de baloncesto, así que firmó el recibo y se la llevó en el bolso. Se le olvidó por completo hasta esta mañana.

Cruzó la pequeña y soleada cocina, agarró el bolso, que estaba junto al teléfono, y se lo entregó a Rachel.

—Espero que Bethany salga del baño de una vez —comentó Robyn tras mirar el reloj—. Seguro que cuando te ofreciste a alojarnos un par de semanas no esperabas tener que soportar a una adolescente que se pasa el día metida en la ducha. Tienes que dejarnos que te paguemos algo, por los gastos de agua y electricidad…

—No seas tonta —contestó Rachel mientras abría el sobre—. Y da gracias a que Bethany sea una chica limpia, no una grunge horrible de esas. Además, me encanta teneros en casa —añadió con cierta melancolía en la mirada.

Desde la muerte de David, dos años antes, no había habido nadie especial en su vida. Por lo general, se obligaba a pensar en el futuro, pero los últimos días que había pasado enferma en la cama le habían dado tiempo para pensar en cómo habría sido su vida si su novio no hubiese fallecido.

—Ojalá no os fuerais tan lejos —comentó en tono desenfadado, sacudiéndose aquellos tristes pensamientos.

—Solo nos vamos a Bangkok, no a la luna —dijo Robyn. Su marido, que trabajaba para una multinacional de productos químicos, había sido trasladado a Tailandia, para ayudar en la construcción de una nueva planta. Mientras él estaba allí conociendo a su jefe, eligiendo la casa que les pagaría la empresa y arreglando los papeles para inscribir a Bethany en el Instituto Internacional, Robyn y su hija habían estado vendiendo la casa de Auckland y organizando cajas y embalajes para enviar todas sus pertenencias—. Nos veremos en vacaciones. Dijiste que Weston estaba a punto de conseguir un contrato jugoso que te permitiría concederte algunos caprichos, ¿no?

Rachel rio. Había desplazado su trabajo de masajista y monitora

de gimnasio a la primera hora de la mañana o última de la tarde, para poder dedicar las horas laborales a la empresa que había heredado de David. Ella había sido la primera en asombrarse al descubrir que su novio había modificado su testamento para cederle su casa, así como un cincuenta y uno por ciento de las acciones de la empresa que su hermano Frank y él habían fundado.

Aunque la Agencia de Seguridad Weston contaba con una cartera de clientes fieles, también arrastraba grandes deudas. Al principio, Rachel se había limitado a dejar que Frank sacara adelante la empresa; pero, más tarde, había comprendido que no podía dejar morir el sueño de David sin mover un dedo para ayudar.

Y aunque ella dudaba de sí misma, David siempre había tenido fe en su capacidad de afrontar nuevos retos. Finalmente, había asumido la responsabilidad de cogestionar la empresa con Frank. Y el dinero que le habría correspondido de sueldo lo había invertido en contratar personal y mejorar las instalaciones, saliendo adelante con los ingresos que obtenía 'como monitora y masajista.

Si bien había cometido algunos errores, poco a poco había ido mejorando, hasta que, en los meses pasados, la empresa había empezado a crecer. En cualquier caso, tenían que satisfacer un préstamo en breve, lo cual dependía de que Frank consiguiera un contrato que decía tener casi en el bolsillo. Rachel no era tan optimista.

—Me temo que tendrá que pasar un tiempo antes de que pueda visitaros —suspiró—. Frank dice que es difícil…

Dejó de hablar al ver que su hermana miraba el reloj de nuevo y salía de la cocina.

Rachel se centró en el sobre. Su cumpleaños estaba cerca, de modo que, quizá, alguien le había mandado un regalo por anticipado.

Pero solo vio el revés de unas fotografías, junto a una nota escrita con tinta verde. Rachel dio un sorbo al café, desilusionada, y procedió a leer la nota:

¿De verdad creías que iba a dejar que me usaras para enriquecerte?

Es evidente que tú eres más fotogénica que yo, circunstancia que sin duda explotarán los periódicos sensacionalistas si estas u otras

fotos más explícitas se ponen en circulación. Estoy seguro de que este escándalo me repercutirá negativamente, pero no me destruirá. Y a ti sí. ¿Qué será de la reputación de Weston cuando tus clientes descubran que se están poniendo en manos de una fetichista ordinaria de burdel?

Lo siento, muñeca.

Tú pierdes.

Estuvo a punto de atragantarse. Dejó la taza sobre la mesa y dio la vuelta a las fotos:

—¡Oh, Dios! —exclamó aterrorizada, al tiempo que soltaba las instantáneas, como si le quemaran en las manos—. ¡Dios!

Rachel se sentía humillada y ultrajada. No había ninguna firma, pero tampoco hacía falta. Sabía de sobra quién era el culpable de aquel atropello.

Se llevó las manos a las mejillas mientras miraba aquellas vergonzosas fotos. Sí, se había arrodillado entre sus piernas para desabrocharle el pantalón; pero no para… darle placer.

Y la otra foto… tampoco tenía nada que ver con lo que había sucedido. ¿Por qué parecía que había participado gustosamente de una bochornosa perversión sexual, cuando se había limitado a hacer de buena samaritana?

Claro que las buenas samaritanas no se acostaban medio desnudas con las personas a las que salvaban, le susurró al oído un diablillo.

Rachel seguía sin poder encajar el impacto de verse como una depredadora sexual. Distaba tanto de su forma de ser que habría sido gracioso si no fuese tan humillante. Las fotografías inducían a error. La situación había sido de lo más inocente…

Bueno, puede que no tan inocente, reconoció mientras recordaba lo sucedido aquella noche. Estaba claro que no había estado muy lista, pero Matthew Riordan tenía la culpa de todo. ¡Absolutamente de todo!

Así que, ¿cómo se atrevía a amenazarla con difamarla con la prueba de su indiscreción? Ella nunca le había dicho nada a nadie, ni siquiera a Frank ni a Merrilyn, sobre lo que había pasado esa noche después de la fiesta. Aunque no le habían faltado ganas, había sido toda discreción. ¡Por respeto a él!

¿Y así le devolvía el favor! ¿Con un ramo de flores y esa…

basura!

La sangre se le envenenó al mirar la nota y reparar en que la había llamado «ordinaria». Podía pasar por alto su injustificada acusación de pertenecer a un burdel; pero, ¿cómo podía llamarla «ordinaria»? Desde luego, no recordaba que hubiera protestado lo más mínimo cuando le había suplicado que le hiciera el amor.

Le dio rabia notar que se le endurecían los pezones al recordar la desinhibición con que él había expresado sus deseos mientras forcejeaban sobre la cama. En su estado de embriaguez, no lo había creído capaz de excitarse, ¡aunque él había disfrutado de lo lindo demostrándole que se había equivocado! Claro que quizá solo hubiera fingido estar borracho y todo hubiera sido una gran interpretación para ponerla en una situación comprometida mientras un fotógrafo sin escrúpulos trabajaba escondido en un armario.

Volvió a mirar la fotografía más explícita y sintió un revoloteo en el estómago. Por más que la enojara, debía reconocer que había sido un encuentro inolvidable. Matthew Riordan no era tan alto como ella, pero, con la ropa quitada, era más grande de lo que ella había esperado… en todos los sentidos. Tenía un cuerpo musculoso, sin apenas grasa, con unos brazos y unos muslos que la habían sorprendido.

¡Rata despreciable! Sería muy elegante, pero era un hipócrita… ¡un cerdo asqueroso!

Por un momento, se planteó la posibilidad de que el mundo entero descubriera que el respetado Matthew Riordan era un ruin manipulador, indecente e inmoral.

Pero, en última instancia, ¿qué más daba quién quedara como el malo de aquel escándalo? Si aquellas fotos salían a la luz, los dos se verían perjudicados. Y era verdad: él tenía medios para recuperarse mientras que ella… ninguno.

Había dejado claro que era un hombre astuto. No podía haber montado la escena mejoraunque hubiese contratado a un director de Hollywood. La foto exponía la mayoría de sus rebosantes senos, sus pezones duros junto a los labios de él…

Prefirió no rememorar aquella tortura. Sería mejor que se concentrara en otras cuestiones más importantes: lo que más la preocupaba de todo era que la nota sugería que había fotografías

más explícitas todavía.

Sus ojos se detuvieron sobre el látigo. Debía reconocer que no se había fijado mucho en los alrededores, pero no entendía cómo podía haber pasado por alto eso. Todo indicaba que ella estaba a punto de emplearlo con Matthew Riordan mientras éste aguantaba atado a la cama.

Lo cual, por otra parte, tenía su atractivo, pensó Rachel vengativamente. Sí, si en ese momento apareciese Matthew y ella tuviera un látigo, no le importaría…

—Hola, Rachel, ¿qué estás mirando? —Rachel respingó al oír que Bethany entraba en la cocina y se acercaba a la mesa—. Mamá dice que ya has abierto el sobre urgente. ¿Qué había dentro? ¿Fotos?, ¿puedo verlas?

Rachel trató de esconderlas a toda prisa, pero Bethany tuvo tiempo de agarrar una. Por suerte, se trataba de la inofensiva foto de la fiesta.

—¡Guau! —exclamó la adolescente—. ¡Está como un tren! ¿Quién es?

—Nadie —Rachel trató de recuperar la foto, pero Bethany se apartó.

—Tú también estás muy sexy. ¿Intentabas ligártelo?

—Bethany… —protestó Rachel.

—Bueno, ¿quién es? —insistió la sobrina, sonriente—. ¿Es tu novio?

—Te aseguro que no.

—Parece un poco más joven que tú —comentó Bethany—. ¿Es que lo llevas en secreto?

—Tiene veintiséis años —espetó Rachel. Edad suficiente para haber aprendido a respetar a las mujeres, pensó irritada.

—Es una lástima que lleve gafas, aunque no se puede tener todo, ¿no? Hay que reconocer que tiene un buen cuerpo y una sonrisa deslumbrante. Además, seguro que en la cama no se pone las gafas… ¿o todavía no habéis llegado tan lejos!

—¡Beth-a-ny! —explotó Rachel.

—¡Uy! Lo olvidaba: la personalidad es más importante que el físico, ¿no? —la chica rio—. Eso es lo que siempre me decís. Así que supongo que tendrá una personalidad muy…

—Es un cerdo —atajó Rachel.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué lo miras en la foto como si quisieras comértelo?

—Las apariencias engañan —advirtió Rachel—. Por ejemplo, tú pareces una colegiala adolescente de quince años, cuando las dos sabemos que eres el diablo en persona.

Aunque algunas veces la desquiciaba lo espabilada que era su sobrina, Rachel se alegraba deque Bethany no fuese tan ingenua como lo había sido ella a su edad.

—Bueno, ¿qué?, ¿no me vas a hablar de tu ligue? —insistió la sobrina después de devolverle la foto mientras abría el frigorífico para servirse unos cereales con leche.

—No es mi ligue, créeme —aseguró Rachel al tiempo que guardaba la foto—. Es uña sabandija machista, hedienta y despreciable con el cerebro de una ameba y el ego del Everest.

Bethany se quedó boquiabierta y Rachel se dio cuenta de que se había dejado llevar por la rabia.

—Y eso en sus días buenos —añadió, esbozando una sonrisilla, como si hubiera estado bromeando.

—Sí, claro… —dijo Bethany. A pesar de que la curiosidad la corroía, decidió no presionar más a su tía y desayunó en silencio mientras Rachel trataba de asimilar el injurioso ataque de Matthew Riordan—. Eh… Rachel… tú y yo nos llevamos muy bien… ¿verdad? —preguntó la chica al cabo de unos minutos.

—Sí… —contestó Rachel, confundida.

—Y siempre dices que te gusta mucho verme por aquí… Ya sabes, cuando papá y mamá se van de vacaciones y yo me quedo contigo…

—Sí, me hace mucha ilusión.

—Pues… ¿qué te parece si yo… estuviera más? Como… todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo? —repitió Rachel al comprender lo que su sobrina le pedía—. ¿Quieres decir… vivir aquí, conmigo? ¿Siempre? Pero, Beth, te vas a ir a Tailandia…

—Que papá vaya a trabajar allí no significa que yo tenga que alejarme de todos mis amigos —replicó Bethany—. Además, ¿y si no me adapto al instituto? No conozco a nadie, ni siquiera sé hablar su idioma…

—Beth, es un instituto para angloparlantes —le recordó Rachel

—. Son todos adolescentes como tú, de todas partes del mundo. Estaréis todos en la misma situación y no tardarás en hacer nuevos amigos.

—¡Pero a mí me gustan los que ya tengo! Me encanta el instituto al que voy ahora.

—Beth, deberías hablarlo con tus padres…

—Lo he hecho. Pero no me escuchan. Me dicen que me acostumbraré. Pero, ¿y si no lo consigo? ¿Y si de verdad odio estar allí? Papá y mamá no me dejarían volver sola, pero si viniera a vivir contigo, no podrían negarse, ¿no? —preguntó con la voz quebrada —. A no ser que tú no quieras… que creas que vaya a molestarte…

Rachel notó que se le había hecho un nudo en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas. Quería abrazar a Bethany y asegurarle que ella nunca molestaría y siempre sería bien recibida en su casa.

Pero sabía que no podía. Había muchas cosas en juego.

—Cariño, sé cómo te sientes —Rachel abarcólas mejillas de su sobrina con las manos y le sonrió. Quería encontrar un modo de rechazarla sin que la maravillosa relación que las unía se deteriorase—. Sé que te asusta irte a un país desconocido; pero no eres la única. ¿No has pensado que tus padres pueden estar tan asustados como tú?

—¿Mamá y papá? —preguntó Bethany, sorprendida.

—Pues claro: ellos también tendrán que despedirse de sus amigos. Para tu padre va a ser especialmente difícil: tiene que adaptarse a un trabajo nuevo en un país nuevo con compañeros a los que no conoce, y mostrar la seguridad y autoridad que la gente espera por el cargo que va a ocupar. Y tu mamá tiene que dejar un trabajo que le encanta y convertirse en ama de casa en un sitio donde no conoce a nadie. Pero juntos lo superaréis. Los tres formáis un equipo…

—O sea, que no me dejarás venir a vivir contigo aunque me sienta triste —concluyó Bethany con un hilillo de voz.

Rachel soportó el dolor y el resentimiento que apreció en los ojos de su sobrina.

—Ir con esas expectativas es estar predispuesta a fracasar, y tú eres demasiado inteligente como para comportarte así. Cuando quieres superar algo, tienes que luchar con todas tus fuerzas. Tu

mamá y tu papá te necesitan a su lado, Beth. No los decepciones.

—No puedo elegir —replicó la adolescente.

—Puedes elegir cómo comportarte —dijo Rachel, forzándose a mantener la serenidad—. Puedes elegir si aceptar este reto con ilusión o intentar que todos los que te rodean se sientan culpables porque la vida no es perfecta. Tú das por sentado el amor incondicional de tus padres, pero hay muchos niños que crecen sin esa seguridad emocional sobre la que apoyarse cuando las cosas se tuercen… Ojalá tus abuelos nos hubiesen querido a Robyn y a mí como Robyn y Simón te quieren a ti. No es fácil tener confianza en una misma cuando a tu alrededor solo oyes críticas y reproches de la gente a la que amas… Bethany retiró la mirada.

—Supongo… —la chica alzó la barbilla y trató de sobreponerse —. Será mejor que vaya por la mochila, o perderé el autobús — añadió.

Luego se levantó, sin haberse terminado los cereales, y salió de la cocina disparada. Rachel cerró los ojos y suspiró.

—Gracias.

Abrió los ojos y vio a su hermana en el umbral de la puerta de la cocina.

—¿Por qué? —preguntó Rachel, esbozando una débil sonrisa.

—Por ser solo su tía —contestó Robyn.

—Tú eres su madre —dijo Rachel, encogiéndose de hombros—. Además, en realidad no quiere quedarse conmigo. Simplemente, rechaza viajar con vosotros. Para ella va a ser difícil.

—Lo sé. Pero si le hubieras dicho que podía quedarse contigo, las cosas habrían sido muycomplicadas para nosotros los siguientes años-respondió Robyn—. Sé que te ha costado mucho hacerle daño, pero lo superará. Por lo que he oído, estaba intentando manipularte con una especie de chantaje emocional.

Lo que significaba que estaba siendo víctima de dos intentos de chantaje en un mismo día, pensó Rachel, amparándose en su sentido del humor. ¡Y todavía estaba desayunando!

—¿Crees que me perdonará por haberla fallado? —le preguntó emocionada.

Robyn se acercó para darle el abrazo que tanto estaba necesitando.

—No la has fallado. La quieres y has hecho lo mejor para ella.

Como siempre. Y Beth lo sabe.

—Os voy a echar a todos muchísimo de menos-reconoció Rachel.

—Lo sé —dijo Robyn—. Pero solo estaremos a un correo electrónico de distancia, y al menos tendré mucho tiempo libre para ponerte al corriente de cómo nos va. ¡Hasta podremos intercambiar fotos por Internet!

Poco después, cuando Robyn y Bethany ya se habían marchado al trabajo y al instituto, Rachel sacó el sobre de nuevo. Aunque no había sido esa la intención de su hermana, sus palabras la habían hecho darse cuenta de que aquellas fotografías podían aparecer, no solo en los periódicos, sino en toda la red de Internet.

Desdobló la odiosa nota de Matthew Riordan y se obligó a releerla.

En algunos sitios, la tinta verde parecía traspasar el papel, como si hubiese sido escrita en un momento de cólera. Después de haber visto a su autor desnudo, Rachel sabía que no era tan frío como aparentaba…

¿Pero qué perseguía con aquellas amenazas? Y ella, ¿debía esperar a recibir instrucciones concretas… o se suponía que tenía que saber de antemano cuáles eran?

Quizá estuviera decidido a difundir las fotografías con independencia de cómo reaccionase o dejase de reaccionar ella. ¿Cómo podría defenderse si empezaba a mandar copias a la prensa o a los clientes de Weston? Sus familiares y amigos la creerían, pero el resto del mundo lo tomaría como una broma obscena. Y Frank no paraba de recordarle que la reputación lo era todo. Si descubría que cabía la menor posibilidad de que ella apareciera involucrada en un escándalo, se pondría hecho una furia. Quizá, a fin de proteger la empresa, debiera dimitir.

Rachel sé mordió el labio inferior y se dijo que no debía pensar estupideces. Debía imaginar cómo salir airosa de aquel chantaje, no rendirse a las primeras de cambio.

Había oído que Kevin Riordan presumía de que su hijo tenía intención de presentarse a las elecciones locales al año siguiente. Lo que suponía que a Matthew tampoco le interesaba que las fotos salieran a la luz.

En definitiva, estaría dispuesto a utilizarlas…pero solo como

último recurso. Las fotos, en realidad, no eran sino la sombra de una amenaza que pendía sobre su cabeza.

Si conseguía mantener la calma y buscar algún punto débil de su adversario, podría controlar la situación.

Pero, de haber sabido en lo que se estaba metiendo, ¡jamás habría aceptado encargarse de la maldita fiesta de Merrilyn Freeman!

Capítulo 3

TIENES que hacer algo! Rachel se sobresaltó al ver aparecer a Merrilyn por la espalda.

—¿Con qué? —preguntó Rachel. Relajada pero atenta, pensaba que todo iba viento en popa. Un cuarteto de cuerda tocaba música barroca en la terraza, el champán corría de copa en copa, el caviar circulaba de plato en plato, la gente se estaba divirtiendo y nadie había intentado colarse.

—Lo va a arruinar todo. ¡Lo sé! —susurró Merrilyn, clavándole las uñas en el brazo—. ¡Llevo meses preparando esto! ¡Es mi primera cena formal y todo va a ser un desastre!

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —respondió Rachel con calma—. Todos lo están pasando de maravilla.

—¡Estoy hablando de él! Rachel siguió la mirada de Merrilyn hacia el arco que unía la enorme sala de estar y el comedor.

—¿Matthew Riordan? —preguntó Rachel, incrédula.

—Dios, míralo…

Rachel lo miró, sin prestar atención al modo en que se le erizó el vello de la nuca. Siempre le ocurría algo parecido cuando veía a Matthew Riordan y había aprendido a no hacer caso de esa perturbadora sensación.

Visto de perfil, con su traje negro, parecía más elegante que de costumbre. Estaba llenando la copa de champán de una mujer con una botella que guardaba bajo el brazo. Fuera lo que fuera lo que estuviera diciéndole, la mujer se sonrojó y su marido, que la acompañaba, se puso tenso.

—¡Lo ves! —Merrilyn le dio un codazo—. ¡Ya está otra vez!

—¿Otra vez cómo?

—Provocando a la gente —contestó la anfitriona, desesperada.

—¿Matthew Riordan? —volvió a decir Rachel, para asegurarse de que estaban refiriéndose a la misma persona.

—Sí, Matthew Riordan —confirmó Merrilyn—. John no me perdonará jamás si provoca una pelea.

—¿Matthew Riordan? —repitió Rachel, que empezaba a sentirse como un loro—. Por Dios, Merrilyn, haz el favor de respirar profundamente y calmarte un poco. Es un tipo inteligente. Me apuesto lo que quieras a que sabe hasta dónde puede llegar. No provocará nunca una pelea, como nunca utilizará un cubierto equivocado durante una cena.

—¡No has oído las cosas tan horribles que está diciendo!

—Vamos, Merrilyn, no te obsesiones —Rachel no podía creerse que estuviera defendiendo al responsable directo de que Weston no hubiera cerrado dos jugosos contratos en el mes anterior—. Todo el mundo hace un poco el loco en las fiestas. ¿No quieres que él se divierta?

—Pero no se está divirtiendo. ¡Esa es la cuestión! —exclamó Merrilyn en tono trágico—. ¡Está borracho!

—Lo dudo. No le ha dado tiempo a tomarse más que un par de copas.

—No, no lo entiendes —lamentó Merrilyn—. ¡Estaba borracho cuando llegó!

—Pues a mí me parece que está sobrio —comentó Rachel tras mirar a Matthew.

—Hazme caso. Sabe disimular, pero ha bebido más de la cuenta —le aseguró Merrilyn—. Además, ¡ha venido solo! Se suponía que iba a venir con Cheryl Ann Harding. Me he gastado una fortuna con los cartelitos de la mesa. Si su novia no aparece, ¡arruinará la simetría!

—¿Su novia? —se sorprendió Rachel—. ¿No estaba casado?

Ella había advertido el anillo de oro que llevaba en la mano izquierda.

—Lo estaba… ¡Ay, Dios!, ¿qué va a pasar ahora? —se preguntó Merrilyn—. Como no aparezca Cheryl Ann, va a estar dando la lata toda la noche. ¿Es que no podían haber esperado a que pasase mi fiesta para pelearse? Tenemos que ir antes de que sea demasiado tarde. A ver si haysuerte y puedes distraerlo lo suficiente como para que se le pasen los efectos del alcohol para la hora de la cena —

añadió al tiempo que empujaba a Rachel hacia adelante.

—¿Yo?

—Bueno, para eso estás aquí, ¿no? Para que todo el mundo esté entretenido y evitar que un problema pequeño se convierta en uno mayor-respondió Merrilyn—. No sabes cómo te agradezco que hayas venido, Rachel. Me alegro muchísimo de que me convencieras para encargar la seguridad de la fiesta a Weston. Tienes razón: es una maravilla tener a un equipo tan competente para manejar estas situaciones. Te aseguro que pienso recomendar vuestra empresa a todos mis amigos… Pero, por favor, pégate a él para que no haga una escena. Y sé discreta. Cuanta menos gente se dé cuenta de lo que está pasando, mejor.

—¿Por qué no le pides con educación que se marche? —murmuró Rachel mientras se acercaban a su objetivo.

—¿Echarlo?, ¿estás loca? Es uno de los invitados más importantes. ¡Sería un suicidio social!

—susurró Merrilyn, escandalizada. Luego, unos pasos después, añadió con voz alegre—. ¡Matthew! ¡Mire a quién le he traído! Sé que no tengo que presentarlos: Rachel me estaba contando que es usted uno de los hombres más sensatos e inteligentes que conoce.

—¿De veras? —Matthew apuró una copa de champán y ocultó la botella tras un jarrón—. ¡Qué halagador!

Estiró la mano y, aunque Rachel no se fiaba de Matthew, le ofreció la suya. Sin embargo, en vez de estrechársela con frialdad, como había hecho cuando se la presentaron en una reunión de negocios, se llevó la mano a los labios y le besó los dedos.

—Haré lo posible por ser encantador con ella —prosiguió Matthew. Hizo un reverencia y miró con descaro los pechos de Rachel—. Sus pechos están en plena forma esta noche, señorita Blair. Lástima que su inteligencia no esté a la altura. Pero, en fin, supongo que una mujer no puede tenerlo todo.

Ante la ciara horrorizada de Merrilyn, Rachel tragó saliva y se obligó a sonreír.

—Con cumplidos como los suyos, ¿quién necesita insultos? —contestó.

—Mis disculpas… ¿acaso estoy siendo ofensivo? —preguntó Matthew con hipocresía.

A esas alturas, Rachel comprendía perfectamente el miedo de la

anfitriona. Matthew hablaba sin trabarse, pero sus palabras eran insolentes y sus gafas no ocultaban la acalorada mirada de sus ojos castaños. Salvo un ligero rubor en las mejillas, tenía la cara pálida, en contraste con su cabello negro. Su aspecto no se parecía en nada al del Matthew Riordan presidente de Sociedades Ayr, al que Rachel había visto cuando había ido con Frank para realizar diversas gestiones.

En dichas reuniones, Matthew se había dirigido exclusivamente a Frank. Y había contestado a cualquier pregunta de ella con monosílabos en tono impaciente. Frank le había dicho que era demasiado susceptible, pero ella había acabado harta de que la tratase como a una secretaria en vez de como a una socia.

—Ofensivo no; solo increíblemente idiota —contestó Rachel sin perder la calma. Trató de apartar la mano, pero la sorprendió la fuerza con que Matthew la tenía agarrada. De modo que recurrió al truco de clavarle las uñas en el dorso de la mano. Pero él no se inmutó.

—¿Y qué esperaba? —repuso Matthew—. Una mujer como usted, con un vestido así… Es evidente que no ha venido a estimular la inteligencia de los hombres.

A pesar de que sabía que la estaba provocando adrede, Rachel no pudo evitar contrariarse:

—¿Una mujer como yo? —espetó con hostilidad.

—Alta, atrevida y llamativa —especificó él mientras deslizaba la vista por las caderas de Rachel, cuya falda revelaba buena parte de sus torneadas piernas—. Desde que la vi entrar en mi despacho la primera vez supe que en realidad era… un escaparate, un florero intentando hacer el trabajo de un hombre.

Rachel le clavó las uñas con más inquina y Matthew cerró los ojos de dolor.

—Eh… Rachel… —la intervención de Merrilyn la hizo recordar que su función era apaciguar a

Matthew Riordan, no animarlo a que se comportara peor todavía.

—¿Le importa devolverme ya la mano, señor Riordan? —preguntó Rachel finalmente, esbozando una sonrisa inocente.

—Depende de lo que piense hacer con ella —la desafió él. Luego le besó los dedos de nuevo, hasta que, por fin, le soltó la mano—.

Brindemos: por el sexo débil, que recurre a la seducción cuando no le quedan más recursos —añadió, alzando la copa de champán.

—Si hablara de un hombre, lo explicaría como un uso inteligente de los recursos disponibles —repuso Rachel con sequedad—. Y si piensa que estoy seduciéndolo, tiene una forma de pensar muy rara. No le gustan mucho las mujeres, ¿verdad, señor Riordan?

—Algunas me gustan mucho —los ojos le brillaron con intensidad.

—Déjeme que adivine: las bajitas, sin cerebro, de constitución delicada, que siempre se postran ante su intelecto y jamás osarían desafiar su superioridad masculina.

—Es usted una ramera muy mordaz —espetó Riordan—. ¿Sabe? Acostarse con usted tendría sus… compensaciones. Siempre y cuando mantuviera la boca cerrada. Salvo para gritar en el momento apropiado, claro.

—¿Se refiere al momento de mi suprema decepción? —replicó Rachel con dulzura—. Su habitación debe de ser muy ruidosa, señor Riordan.

Merrilyn carraspeó, pero Matthew no se contuvo:

—Solo hay una forma de que lo descubra, ¿no?

—¿Me está haciendo una proposición de matrimonio, señor? —lo provocó Rachel.

—Señorita Blair, preferiría morirme antes que casarme con usted.

—Me alegro. Porque estar casada con un machista como usted me llevaría inevitablemente a suicidarme.

Riordan se puso rojo de la ira.

—No sería necesario. Yo la asesinaría antes. Dicho lo cual, agarró su botella de champán y se marchó.

—¡Dios!, ¡dios!, ¡dios! —repitió Merrilyn horrorizada, pálida a pesar del maquillaje.

—¡Él me ha insultado primero! —se defendió Rachel, consciente de que no era excusa. Había sido muy poco profesional. ¿Cuántas veces le había oído decir a David que para vencer a un oponente había que distanciarse emocionalmente de la situación?

—No lo entiendes… Su primera mujer, Leigh, se suicidó —la informó Merrilyn.

—Oh, no —lamentó Rachel.

—Ya has visto de qué humor estaba. Y ahora será mucho peor —temió Merrilyn—. Te dije que esto sería un desastre.

—Mira, no te preocupes. Yo lo arreglaré —dijo Rachel con más confianza de la que sentía—. Iré a buscarlo. Tú concéntrate en atender a los invitados.

—¡Pero la cena es dentro de nada! ¡Será como sentar a cenar a una bomba de relojería!

—Cámbiale el sitio. Yo estoy en una esquina retirada… Pon a Matthew Riordan a mi lado.

—¿Después de lo que ha pasado?

—Confía en mí —trató de tranquilizarla Rachel—. Si no colabora, ya se me ocurrirá algo.

Afortunadamente, Merrilyn aceptó su propuesta y se marchó a ultimar los detalles de la cena.

Rachel no necesitó un perro sabueso para localizar a Riordan. Le bastó con seguir la estela de sonrisas nerviosas y energía negativa que este dejaba tras de sí.

Lo encontró afuera, bajando las escaleras del porche, bebiendo ya del morro de la botella. La noche era tan calurosa que alejarse del aire acondicionado de la casa era como dejarse envolver por una manta.

Llegó a su altura, en cualquier caso, y retomaron su hostil conversación:

—¿Buscando a un perro o a un niño para patearlo? —le preguntó Rachel—. ¿No cree que ya ha bebido suficiente? —añadió después de que él se diera la vuelta, sin darle oportunidad a abrir la boca.

—¿Qué es usted?, ¿mi conciencia?

—Como no parece que usted tenga ninguna, me he sentido obligada a suplantarla.

—Le gustan los riesgos, ¿no? —contestó Matthew Riordan en tono amenazante.

—Merrilyn teme que se emborrache del todo e insulte a todos sus invitados.

—¿Y le ha pedido que me lo impida? —preguntó, incrédulo.

—Algo así.

Matthew dio un sorbo de champán y un paso hacia Rachel, la

cual pudo notar el calor que desprendía su cuerpo.

—¿Usted y qué ejército? Rachel retiró los ojos de su boca. No era momento de fijarse en lo sensuales que eran sus labios.

—Había pensado apelar a sus mejores instintos.

—¿Tan segura está de que los tengo? No me lo ha parecido, a juzgar por lo que me ha dicho allí —Riordan giró la cabeza para mirar hacia la casa.

—Reconozco que me equivoqué al actuar así con usted.

—¿Ah, sí?, ¿y qué error cometió?

—Merrilyn me había dicho que estaba borracho, pero yo no la creí. Reconozco que fue una estupidez.

—Juega fuerte,, ¿eh? —Matthew rio.

—Si va a amargarle la cena a alguien, amargúemela a mí. Merrilyn lo invitó de buena fe. Ella no podía saber que iba a discutir con su novia y que intentaría ahogar sus penas en alcohol.

—¿Eso es lo que cree que ha pasado?

—Bueno, ,Cheryl Ann no ha venido, y usted no está… en el mejor estado precisamente.

—En realidad ha sido al revés —contestó Matthew mientras se llenaba una copa y la levantaba para brindar en el aire— Cheryl Ann no ha venido porque ya había estado bebiendo.

—Ah —Rachel se sorprendió por aquella inesperada confesión —. ¿Discuten mucho? Creía que se llevaban bien.

—Y yo creía que usted no se tragaba todo lo que Merrilyn le cuenta. ¿Más champán? —Matthew inclinó la botella hacia la copa de ella, pero la mayoría del líquido cayó al suelo o sobre los dedos de Rachel—. Lo siento. ¿Quiere que se los seque con la lengua?

—No, gracias —rehusó Rachel—. Pero si me deja la botella, me serviré un poco… No confío en su pulso.

Matthew rio y apartó la botella.

—Puede que esté borracho, pero no soy idiota.

—Tenía que intentarlo —Rachel se encogió de hombros—. Podría colaborar un poco, ¿no?

—¿Por qué iba a hacerlo? —repuso él, determinado a desafiarla.

—Seguro que no quiere que la gente piense que es usted un borracho patoso.

—Soy lo suficientemente rico como para no tener que preocuparme por lo que los demás piensen de mí —contestó

Matthew con tanta arrogancia como exactitud—. Pero da la casualidad que no tengo ninguno de los vicios habituales.

—¿Solo tiene los no habituales? —lo retó ella.

—Defina «no habitual» —murmuró Matthew, mirándola con curiosidad. De pronto, Rachel fue consciente de lo cerca que estaban, de la energía que emanaba de aquel hombre y la electricidad que cargaba el aire que los separaba.

—Olvídelo —contestó Rachel—. Mire, ¿no puede hacer el favor de moderar su comportamiento por el bien de Merrilyn?

—¿Y no por el suyo? Al fin y al cabo, parece que es usted la única valiente dispuesta a hacer frente a mi colérica ebriedad. ¿A qué debo el honor, por cierto? —preguntó Riordan con una sospecha velada en el tono de voz—. ¿Qué gana usted con esto? De hecho, ¿qué hace aquí? Los invitados de Merrilyn pertenecen a la élite social de Auckland… ¡Dios! ¿No será que usted no está invitada?, ¿que solo ha venido para garantizar la seguridad de la fiesta? He visto un coche de Weston a la entrada. ¿Es eso?, ¿está vigilando que los peces gordos no roben la vajilla de plata? —se echó a reír.

—Mi empresa se encarga de la seguridad de esta fiesta, sí —reconoció Rachel con orgullo.

—¡No me lo puedo creer!

Rachel estaba harta de que se riera de ella.

—¿El qué?, ¿que seamos capaces de ofrecer un servicio de primera calidad? Puede que haya decidido pensar cualquier otra cosa, pero Weston tiene una cartera de clientes que están impresionados con nuestra eficiencia.

—¿Y qué servicio me va a ofrecer esta noche? —se burló él—. ¿Un masaje relajante quizá?

Aunque creía que era inmune a cualquier broma mezquina del estilo, Rachel no pudo evitar explotar:

—¡Estoy al mando de mi empresa! ¡Sabe de sobra que tengo capacidad más que suficiente para gestionar Weston! —exclamó—. Y tengo licencia de detective privado. Puedo garantizar la seguridad en fiestas como esta, en la que hay muchos objetos de arte y muchas joyas en los cuellos de los invitados, así como seguir la pista de un ladrón en caso de que se produjera algún robo.

—Debo reconocer que sus métodos de vigilancia son excelentes:

con un cuerpo así es difícil que los ladrones se fijen en otra cosa — la insultó, Riordan.

—¿Por eso está saboteando los contratos de mi empresa?, ¿por un estúpido prejuicio machista? ¿Por eso ha aconsejado a su padre y a Neville Stiller que Industrias KR no se asocie con Weston?

—¿Cree que soy machista? —preguntó él, divertido.

—¡Conteste a mis preguntas!—espetó Rachel.

—Creí que eran retóricas —respondió Matthew—. Teniendo en cuenta que la discriminación por motivos sexuales está penada, sería una estupidez confesar tales prejuicios, suponiendo que los tuviera. Y ya hemos acordado que solo estoy borracho… En fin, creo que están llamando para cenar. ¿Entramos? Seguro que Merrilyn nos ha sentado juntos para que su eficiente vigilante se asegure de que no voy a desmandarme.

Capítulo 4

para eso necesitaría atarlo —murmuró Rachel, aceptando a regañadientes el brazo que Riordan le ofrecía—. ¿Se va a comportar durante la cena?

—Probablemente no.

—¿Por qué? —preguntó ella, exasperada.

Matthew se dispuso a echar otro trago de champán y maldijo cuando descubrió que la botella estaba vacía. La tiró de mala manera a la piscina y, después de llenarse, se hundió en el fondo.

—¿Sabe? Era una noche como esta. Una noche de verano con estrellas, sin nubes, romántica, perfecta…

—¿Qué noche?

—La noche en que mi mujer se suicidó —respondió Riordan con naturalidad—. Se tomó un frasco de pastillas con media botella de vodka y se tiró a la piscina… hace justo cuatro años.

¡Dios!, ¡no la extrañaba que estuviese tan alterado! En los aniversarios de la muerte de David, también ella se ponía muy nerviosa, recordaba el dolor de la pérdida y la rabia por la impotencia que había experimentado. Pero, al menos, Rachel tenía el consuelo de saber que el hombre al que amaba había muerto para salvar la vida de un niño al que su coche había logrado esquivar.

—Quizá esperaba que la encontraran a tiempo —comentó Rachel finalmente.

—¿Quién, yo? —Riordan rio con amargura—. Entonces está claro que la fallé. Murió por mi culpa…

—No quería decir eso…

—¿A pesar de que estaba casada conmigo? —la castigó él—. Creía que había dicho que prefería morirse a ser mi esposa.

—Entonces no sabía que su mujer… —Rachel tragó saliva—.

Estaba enfadada. Intentaba pensar en el peor insulto que pudiera ocurrírseme.

—¡Enhorabuena!, ¡no le quepa duda de que lo ha hecho de maravilla!

—Matthew, lo siento —se disculpó Rachel, llamándolo por su nombre para intentar suavizar la tensión.

—¡Vete al infierno! —bramó él.

Y, en ese momento, Rachel comprendió que sería una locura sentarlo a la mesa con el resto de los invitados. Había perdido el autocontrol. El alcohol lo había desinhibido demasiado, lo cual le permitía expresar ideas y sentimientos que serían tabú en circunstancias normales para un hombre tan orgulloso y reservado. Ya no era capaz de razonar juiciosamente.

De modo que tendría que poner en práctica el arriesgado plan B…

—¡Cuidado! —exclamó al ver que se tropezaba y perdía el equilibrio sobre el borde la piscina. Trató de sujetarlo por los hombros, pero ya era demasiado tarde. No pudo impedir que Riordan cayera al agua—. ¿Estás bien?

Durante un terrible segundo, pensó que quizá no fuera capaz de nadar; pero en seguida salió a la superficie y avanzó, aunque torpemente, hacia el borde la piscina.

—Intenté agarrarte, pero no llegué a tiempo —se disculpó ella.

Un camarero y otros invitados se acercaron a ayudar. Rachel esperó a que llegaran, pues tenía miedo de ofrecerle una mano a Riordan y que este la tirara consigo. Si una caída podía considerarse un accidente, dos darían lugar a todo tipo de murmuraciones.

—¿Qué… qué ha pasado? —balbuceó Merrilyn mientras sacaban a Matthew de la piscina.

—Tropezó con el gato y se cayó al agua —improvisó Rachel.

—Pero yo no tengo… —Merrilyn captó la mirada de Rachel—. Ah, será el gato del vecino. No hay forma de impedir que se nos cuele — añadió.

—¡Como lo pille le retuerzo el cuello! —gruñó Matthew mientras se mesaba el pelo y se ajustaba las gafas—. ¡Ni siquiera lo he visto!

—Es negro como el carbón —se apresuró a explicar Merrilyn—. No sabe cómo lo siento. Le pagaremos el tinte, por supuesto. ¡Dios

mío!, ¡está empapado!

—Cosas del agua —repuso Riordan con mordacidad.

Luego sobrevino un tenso silencio. Rachel se debatió entre ayudar a Merrilyn, para lo cual la había contratado, y librarse de su incómodo invitado.

—Dado que no he traído el coche, no puedo volver a casa… y no voy a meterme en un taxi así —dijo Riordan mientras escurría las mangas de la camisa.

Rachel advirtió que Matthew empezaba a trabarse con las palabras. Y apenas se mantenía de pie. En vez de serenarlo, como había esperado, el chapuzón había acelerado la absorción del alcohol en su ya saturado sistema.

—Tienes que volver a la mesa —le susurró Rachel a Merrilyn—. ¿Puedo llevarlo a algún sitio mientras vosotros cenáis? A ser posible, a la casa de invitados, para que se dé una ducha y se cambie.

—¡Por supuesto! —Merrilyn se aferró de inmediato a aquella solución—. La casa de invitados es perfecta: no está a la vista y no se oye nada desde la casa principal. Mandaré a una de las chicas del servicio para que le lleve algo de ropa… aunque esperaré a que hayamos terminado de cenar. ¿Podrás arreglártelas?

—Tranquila.

—¿Te asegurarás de que tenga todo lo que pueda necesitar? —le suplicó Merrilyn.

—Por supuesto.

Pero dejó de estar tan convencida diez minutos después, cuando tuvo que despojar a un hombre borracho de su ropa húmeda, pegada a la piel. Aunque Matthew se había dejado conducir con docilidad hasta llegar a la casa de invitados, una vez dentro, se estaba mostrando desesperantemente pasivo.

—Si no te desvistes pronto, te vas a resfriar —le repitió Rachel mientras él permanecía de pie goteando, formando un charquito a su alrededor.

Rachel suspiró, le quitó las gafas y las colocó en la mesilla de noche pegada a la cama.

—¿Lo ves? Ya estás temblando. Le puso una mano en el pecho y la sorprendió el calor que este desprendía.

—Tengo calor —murmuró Matthew. Rachel comprobó la

temperatura de su frente, también elevada.

Luego lo rodeó y le sacó la chaqueta a duras penas, debido a la falta de cooperación de Riordan. La llevó al baño y abrió el grifo de la ducha, con la esperanza de que el ruido del agua lo invitara a entrar. Pero cuando regresó al dormitorio con —una toalla para secar el charco del suelo, lo encontró en la misma posición, con la camisa retorcida y desabotonada sobre el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Rachel, tratando de no fijarse en los maravillosos pectorales de Riordan.

—No sale —protestó este, frustrado, mientras batallaba con la camisa.

—Deberías probar a deshacerte el nudo de la corbata antes —repuso ella, exasperada.

Al entrar, había encendido la tenue luz del techo. En esos momentos, en cambio, le habría gustado que Matthew encendiera también la lámpara de la mesilla de noche para ver la expresión de aquel hombre y poder discernir su significado.

—¿Matthew?

—Matt, mis amigos me llaman Matt.

—Tú y yo no somos amigos, ¿recuerdas? Casi no nos conocemos.

—Rachel…

Esta dejó la toalla sobre el cabecero de la cama y pasó a liberarlo de la corbata. De pronto, Riordan se echó hacia adelante y apretó el pecho contra los senos de ella.

—¿Qué haces?

—La habitación se está moviendo —protestó Riordan al tiempo que rodeaba el cuerpo de Rachel con ambas manos.

—No es la habitación. Es tu cabeza —dijo ella, tratando de separarse.

—Me duele.

—¿La cabeza?, ¿te has dado un golpe al caerte en la piscina? —se alarmó Rachel, la cual empezó a inspeccionarle la nuca.

—Ahí no —murmuró él. Le agarró una mano y la llevó a la frente—. Sí, ahí… Tienes las manos tresquilas —añadió satisfecho.

Cuando, en realidad, las tenía calientes. Era obvio que Matthew tenía fiebre, motivo por el cual lo había afectado tanto la bebida.

—¿Estás tomando pastillas o calmantes?

—El médico dijo que no hacía falta. Es fiebre normal y comente.

Y odio los calmantes —Rior-dan cerró los ojos—. No alivian el dolor. Lo provocan. Así murió Leigh. ¡Demasiados calmantes!

—Ya…

—No debería haberlo hecho —gruñó él—. Yo la quería.

—Seguro que sí —trató de serenarlo Rachel, la cual notó que Matthew había bajado la mano y le estaba tocando el culo—. Venga, ya tienes que poder quitarte la camisa —agregó al tiempo que se alejaba, colocando las manos en jarras sobre las caderas para marcar las distancias.

—No puedo —mintió él, encogiéndose de hombros— . Hazlo tú, Rachel —le ordenó después de lanzarle una mirada lasciva.

—Ni siquiera lo has intentado —se resistió ella.

Matthew hizo un puchero y Rachel se asombró preguntándose qué pasaría si le mordiera el labio.

—Tengo frío —se quejó él.

—¡Si hace un segundo tenías calor!

Riordan teatralizó un escalofrío y Rachel accedió a retirarle la camisa, negándose a reconocer el placer de descubrir su torso.

A fin de relajarlo, empezó a darle un masaje. Le pidió que agachara la cabeza y pasó las manos por su cuello, por los hombros y la espalda, hasta hacerlo suspirar de placer.

—Me gusta que me toquen —ronroneó Matthew.

—A casi todo el mundo le gusta. Activa la circulación sanguínea y ayudar a eliminar toxinas

—explicó ella.

—Es muy agradable —insistió Riordan, justo antes de dejarse caer sobre la cama.

Rachel lo rodeó y se agachó para quitarle los zapatos y los calcetines. Tenía unos pies largos y estrechos, de dedos rectos, perfectamente cuidados. Alzó la vista, lo miró a los ojos y comprendió que Matthew no iba a hacer nada por sí mismo.

—Quizá debiera llamar a un hombre para hacer esto… —dijo, aunque sabía que no lo haría. Había algo gratificante en tener a su merced al hombre que tanto perjuicio le había causado a Weston. Y, si era sincera, debía reconocer que había un placer más primitivo todavía que la animaba a seguir con Matthew.

—No… solo tú —balbuceó este.

—Tú mandas —repuso Rachel, aliviada su conciencia en parte

por las órdenes de Matthew.

No le costó quitarle el cinturón. Desabrocharle la hilera de botones, en cambio, sí resultó más complicado. Sobre todo, porque era evidente que el delicado roce de sus dedos estaba teniendo un efecto re vitalizante en la parte más erógena de Matthew… El cual estiró los brazos y empezó a acariciarle en torno a las orejas con los pulgares.

—Matthew…

—Rachel —susurró este con voz ronca. Perturbada por el contacto, las manos comenzaron a temblarle; de modo que le costó más de lo quehabría deseado desabrocharle el último botón. Luego se puso de pie y le sacó los pantalones de un tirón que lo dejó tumbado boca arriba sobre el colchón.

Los calzoncillos se pegaban transparentemente al contorno de Matthew, y la visión de su erección quedó grabada en el cerebro de Rachel en los pocos segundos que tardó en cubrirle el regazo con la toalla.

Si creía que la parte peor había pasado, se equivocaba. Pues, una vez desvestido, Matthew experimentó un arrebato de hiperactividad y decidió que Merrilyn se enfadaría con ellos por perderse la cena. Necesitó hablar rápidamente y bloquearle el paso con el cuerpo, siguiendo las técnicas de defensa personal que había aprendido, para impedirle que saliera de la casa de invitados en calzoncillos a presentar sus disculpas al mundo entero.

Viendo que no lograría que se duchara, Rachel trató de convencerlo de que se tumbara a descansar mientras le mandaban ropa seca, con la esperanza de que se durmiera en cuanto reposase la cabeza sobre la almohada. Lo recostó sobre el colchón con la promesa de hacerle un masaje. Pero su propuesta se le volvió en contra, pues Matthew se puso demasiado amoroso con el masaje.

Cuando le pidió que se tumbara boca abajo, Matthew se negó.

—Quiero mirar. Nunca me habían dado un masaje hasta ahora —dijo con voz rugosa, colocando una mano de Rachel sobre su torso—. ¡Qué manazas! —añadió sorprendido.

En otros tiempos, aquel comentario le habría hecho daño.

—Son para abofetearte mejor —contestó Rachel, como el lobo de Caperucita.

—¿Te gusta el sadomasoquismo? —los ojos de Matthew

refulgieron con inocente curiosidad.

—¡En absoluto!

—Vaya —lamentó él, decepcionado—. Mira, somos iguales — agregó tras poner los dedos de su mano derecha junto a los de la izquierda de Rachel.

—No —replicó esta—. Yo soy más alta, más fuerte y estoy en mejor forma que tú.

Pero no era más inteligente. Su diabólica sonrisa fue el único aviso antes de que Matthew la agarrara contra el pecho y la rodeara con las piernas, para hacerla rodar sobre la cama hasta acabar aplastada debajo de él.

Rachel recordó sus clases de defensa personal y empezaron a rodar arriba y abajo para dirimir quién se quedaba en la posición dominante. No tardó en someterlo, ya que el alcohol le impedía oponer demasiada resistencia. Rachel,que nunca había forcejeado con un hombre semidesnudo, no pudo evitar disfrutar de aquel cuerpo que yacía a su merced debajo de ella.

Vio que Matthew empezaba a transpirar. Pero supo que no se trataba de la fiebre, sino de la excitación de estar recibiendo un masaje tan completo.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó Rachel cuando Riordan alzó las caderas en busca del vientre de ella.

—Es fantástico —murmuró Matthew con los ojos cerrados, al tiempo que le subía la falda para acariciarle el culo—. Te imaginaba distinta… Eres… firme, pero deliciosamente suave en tus partes más femeninas.

—¡Para! —Rachel le apartó la mano y, en el movimiento, trasladó el cuerpo hacia las ingles de Matthew.

—Sí… ahí está perfecto…

—¡Matt!

—Bueno, ¿te desnudas de una vez? —preguntó Riordan, mirándola a los ojos, sonriente.

—¡No!

—Cuando estemos desnudos, sentiré todo tu cuerpo contra el mío — insistió él—. Estaré atento a todo lo que sienta mientras hacemos el amor.

—¡No vamos a hacer el amor!

—¿Por qué? —preguntó Matthew, confundido—. Ya estamos

acostándonos.

—Estamos sobre una cama, que no es lo mismo —aclaró ella—. Se supone que deberías descansar.

—Pero yo quiero hacerte el amor…

—No siempre se puede tener todo lo que se quiere.

—Pero tú también quieres —protestó Riordan—. Lo sé. Puedo sentirlo. Veo cómo me miras.

Hacía dos años que no sentía la menor excitación sexual, razón por la cual no estaba preparada para aquel inesperado despertar. Además, Matthew era demasiado joven, estaba borracho, era enemigo de Weston… y ya tenía una relación con otra mujer.

—¡Estáte quieto, Matthew!, ¡de verdad! No quiero tener que hacerte daño —lo amenazó tras agarrarle las muñecas.

—No me harás daño… Son las mujeres a las que a veces les duele — murmuró él, excitado—. Pero te prometo que puedes hacerme lo que quieras. Seguro que me gustará.

—Por Dios, Matthew: no sabes lo que estás haciendo.

—Pues enséñame, por favor… Seré un buen amante. Aprendo rápidamente y no me costará descubrir qué te gusta más —balbuceó Riordan—. Merrilyn te pidió que te aseguraras de que tuviera todo cuanto quisiese —le recordó.

—Todo cuanto necesitases —corrigió Rachel.

—Pero ya te necesito —replicó Matthew con convicción—. Te necesito ahora.

Alzó las caderas de nuevo entre los muslos de ella, para demostrarle la urgencia de su deseo, apenas disimulada por los calzoncillos.

Rachel sintió un calambrazo de placer en el corazón de su feminidad y no pudo articular palabra.

—Tienes unos senos preciosos —prosiguió él mientras deslizaba las manos por sus flancos—.Parecen almohadas de terciopelo, tan grandes y mullidos. Y huelen muy bien: muy dulces y cálidos —añadió tras incorporarse y acercar la cabeza al corpiño de Rachel.

Esta miró estupefacta cómo se apoderaba Matthew de uno de sus pechos.

—No… —Rachel le agarró la mano.

—¿Por qué no?, ¿no te gusta que juegue con ellos? —repuso él —. Seré muy delicado.

—Métete las manos donde te quepan —contestó Rachel, ruborizada.

—Pero puedo demostrarte que te gusta —Matthew tiró del corpiño con la mano libre y descubrió los senos de Rachel—. ¡Sabía que no llevarías sujetador! ¿Lo ves? Tienes los pezones duros. ¿Quieres que te los chupe? A mí me encantaría…

Desconcertada por la audacia de Riordan, y aterrada por la tentación de sus caricias, Rachel le agarró las dos muñecas con una mano y las colocó por encima de la cabeza de Matthew.

El cual rio enloquecido, festejándolo como si fuera un juego nuevo, levantando el torso para frotarlo contra los pechos de Rachel. Esta, desesperada por poner punto final a aquella situación, agarró la toalla que había sobre el cabecero y le ató las manos a la cama. Al inclinarse para hacer el nudo, notó la lengua de Matthew sobre uno de sus pezones.

Por fin, logró apartarse de él y se cubrió con el corpiño. Y, segundos después, afortunadamente, Matthew se tranquilizó.

Más tarde, solo tras arrancarle la promesa de que se comportaría, lo desató.

Seguía tembloroso, febril y desorientado, pero Rachel logró sonsacarle el nombre de su médico. Consultó en su agenda telefónica y lo llamó.

Por suerte, el doctor estaba en casa… y no consideró necesario visitar a su paciente en persona. Escuchó a Rachel con atención y le aseguró que no debía preocuparse.

—Lo más probable es que los temblores se deban al exceso de alcohol —la informó—. Basta con que se asegure de que bebe mucho líquido para que no se deshidrate. Luego, déjele dormir. Mañana tendrá una jaqueca horrible, pero, según me cuenta, dígale que se la merece —añadió alegremente.

Pero Rachel no tenía intención de acompañar a Matthew el resto de la noche. Así que esperó a »que se durmiera y salió para solicitar que uno de los agentes de seguridad vigilara la puerta de la casa de los invitados. Después, regresó a la fiesta para comunicar la oportuna confirmación médica de que Matthew estaba enfermo, lo cual acallaría cualquier rumor.

Se había ganado la gratitud de Merrilyn y se había felicitado por salir indemne de una situación extremadamente peligrosa…

Hasta que había recibido las fotografías.

Capítulo 5

RACHEL se agachó tras el volante al ver que Matthew Riordan salía del restaurante.

Se metió en la boca lo que le quedaba de sandwich, miró el reloj y anotó la hora en el cuaderno que tenía abierto sobre el asiento del copiloto. Solo media hora para una comida de negocios, pensó mientras lo veía despedirse de dos hombres trajeados, antes de dirigirse hacia su coche.

Llevaba dos días vigilándolo y había descubierto, entre otras cosas, que al chantajista no le gustaba perder el tiempo con tonterías.

Vio cómo se quitaba la chaqueta del traje antes de meterse en su Porsche. Por alguna razón, la había sorprendido el coche que conducía. Había dado por sentado que iría en una limusina, dirigida por un chófer, con fax y teléfono para trabajar mientras se desplazaba de un sitio a otro. Pero Matthew Riordan estaba lleno de sorpresas.

Se alegraba de no haber seguido su primer impulso la mañana anterior. Había salido de casa lecha una furia, dispuesta a entrar en su despacho a soltarle un rapapolvo, acusándolo de falta de ética, cobardía e ingratitud.

Pero supuso que Matthew esperaría justo esa reacción y que, al no pillarlo desprevenido, podría exponerse a quién sabía qué humillación.

Así que se había obligado a serenarse y se había marchado a trabajar. Necesitaba hechos, en vez de teorías, antes de decidir qué pasos dar. Pasara lo que pasara, debía evitar cualquier escándalo mientras Robyn y Bethany no se hubieran marchado.

—Llegas tarde —le había reprochado Frank al llegar a Weston.

—Tengo un poco de lío en casa —se había disculpado Rachel, la cual se arrepentía de la media hora que había perdido mirando las fotografías, guardadas en el maletín.

—Dijiste que llegarías a las ocho y media, así que organicé una reunión para discutir el caso Johnson. Todos van justos de tiempo, hemos tenido que empezar sin ti —dijo Frank, con el ceño fruncido —. Mira, sé que tu hermana se marcha dentro de unos días, pero tenemos una empresa que dirigir —le recordó.

—Lo siento. Surgió un imprevisto después de llamarte…

Sabía lo mucho que le debía a Frank. Este podía haberle hecho la vida imposible; pero, aunque al principio había sido reticente a que se incorporara a la dirección de Weston, había acabado valorando su aportación como socia.

—¿Estás segura de que ya no tienes fiebre?

—Solo me duele un poco la cabeza —aseguró Rachel.

Frank la miró con la desconfianza del detective que era. Por otra parte, nunca había terminado de congeniar con Rachel.

—No deberías estar aquí si no te encuentras bien.

—Tranquilo, estoy perfectamente —aseguró ella.

—Me alegro, porque tenemos un problema —dijo él mientras acompañaba a Rachel a su des— . pacho.

—¿Qué clase de problema?

—¡Matthew Riordan!

—¿Qué? —el maletín se le cayó al suelo—. ¿Por qué?, ¿qué ha hecho ahora? —preguntó, nerviosa.

—No se trata de lo que ha hecho, sino de lo que va a hacer —rabió Frank—. Su padre ha sufrido un infarto.

—¿Kevin Riordan? —lamentó Rachel, cuyas relaciones con este eran notablemente mejores que las que tenía con su hijo—. ¿Cuándo?, ¿está bien?

—Lo encontró su secretaria en el despacho este lunes. Lo único que sé es que está en el hospital y que lo más probable es que pase una temporada dentro.

—¡Qué horror! Ni siquiera ha cumplido los sesenta y cinco.

—Sí, horrible para nosotros —dijo Frank egoístamente—. Porque Matthew Riordan se ha hecho cargo de Industrias KR.

—Pero… creía que él no tenía que ver… Seguro que Neville…

—Neville está en Japón. Me mandó un fax ayer por la noche —

la informó Frank—. Asumirá el cargo cuando vuelva, por supuesto. Pero hasta entonces estamos a merced de Matthew.

—Pero Matt Riordan no tomará ninguna decisión importante si sabe que está de paso.

—No te creas. Neville me dijo que no se fía del él ni un pelo. Si Riordan tiene poder de representación de su padre, puede hacer lo que le dé la gana. Con su influencia, podría hacernos mucho daño en pocos días. No me extrañaría que intentara sabotear a nuestra empresa —replicó Frank—. Y si no conseguimos ingresar dinero pronto, puede que no seamos capaces de hacer frente al último préstamo que dejó a deber David.

—Podría hipotecar la casa de…

—¡No! —atajó Frank con la contundencia que siempre había empleado—. David te dio esa casa y te la vas a quedar. Además, al final acabarías arriesgando más de lo que vale la empresa. Tenemos que ser realistas, Rachel. Contábamos con poder negociar con Kevin Riordan y, sin esos contratos, la cosa no tiene buena pinta. Ya veré qué se me ocurre. Mientras tanto, ¿por qué no investigas a Riordan? A ver si descubres algo que pueda sernos útil —le propuso.

Aunque no pareció muy convencido. De haber tenido esperanzas en averiguar algo provechoso, habría encargado la investigación a un detectivemás experimentado. En cualquier caso, sin saberlo, Frank le había servido en bandeja la excusa perfecta para dedicar el resto de la semana a seguir a su presa y planear su acoso.

Como también quería aprovechar los últimos días en compañía de Robyn y Bethany, había pretextado seguir con gripe para cancelar el resto de compromisos en el gimnasio y en la clínica donde daba masajes.

Rachel pisó con suavidad el acelerador mientras Matthew sacaba el Porsche del aparcamiento. Se caló una gorra de béisbol y se puso gafas de sol. No sabía exactamente qué conseguiría siguiéndolo, pero era mejor que no hacer nada. David siempre había dicho que vigilar personalmente a un sospechoso era fundamental para tratar de adivinar su próximo movimiento.

Además, tras haber pasado el día anterior consultando en la hemeroteca cualquier noticia relacionada con Matthew comprobando informes de la Cámara de la Propiedad y realizando numerosas llamadas, en las que había dado diversos nombres falsos,

a Rachel le apetecía un poco de acción.

Después de llamar a su despacho para asegurarse de que seguía en el edificio, había conducido a la central de Industrias KR y había esperado hasta el anochecer para descubrir cuál de las casas registradas a nombre de Matthew en Auckland era su hogar.

Resultó que no se trataba del apartamento del centro, sino de una mansión de tres plantas. Rachel había seguido los faros del Porsche por las calles de la ciudad, con cuidado de cambiar de carril de vez en cuando y mantenerse siempre dos o tres coches por detrás. Por fin, había visto a Matthew llegar a las puertas que daban acceso a una mansión, sin que éste hubiera advertido su presencia. Rachel había seguido unos metros y había aparcado a la sombra de un árbol, saboreando esa pequeña victoria: ¡era su primer trabajo sola de

rastreo!

Luego había comprobado el buzón de voz del móvil de la empresa y había llamado a Robyn para hacerla saber que iba camino de casa. Mientras se despedía, había visto abrirse las puertas. Y el Porsche se había internado en la oscuridad de las carreteras nuevamente.

Para cuando hubo arrancado y metido la marcha, ya había doblado la esquina. Y al llegar al siguiente cruce, no era sino un faro lejano que se dirigía de nuevo a la ciudad. Rachel lo había perseguido tan rápidamente como le había sido posible. Y ya estaba dándole alcance cuando un agente de policía le dio el alto, le puso una multa por exceso de velocidad y la hizo soplar por el alcoholímetro.

—¿Y qué pasa con el Porsche que iba delante de mí? —había protestado Rachel—. Iba tan rápidamente como yo. ¿Por qué no lo ha parado?

—Porque tuvo la sensatez de decelerar en cuanto me vio y el radar no ha registrado que fuera por encima de lo permitido.

Enojada, Rachel había guardado la multa en el cuaderno y había reanudado la marcha, sabedora de que ya no podría localizar a Matthew.

En esos momentos, mientras sorteaba el tráfico de la hora de la comida detrás del Porsche nuevamente, Rachel se consoló pensando que al menos no podrían multarla por exceso de velocidad.

Había supuesto que Matthew se dirigiría a otra reunión de negocios, razón por la que se sorprendió al ver que giraba hacia un barrio residencial… hasta que recordó que era allí donde se emplazaba el hospital privado más nuevo de la ciudad. Había averiguado su dirección el día anterior, al llamar para interesarse por el estado de Kevin Riordan.

Rachel entró en el aparcamiento y estacionó en un hueco libre. Luego, vio a Matthew meter un maletín en el portaequipaje del coche y dirigirse acto seguido hacia la entrada del hospital. ¡Habría dado cualquier cosa por echar un vistazo al contenido de ese maletín!

Un guardia de seguridad paseaba entre los coches. Rachel pensó que podría parecer sospechoso que la encontrara asfixiándose dentro del coche, en vez de buscar el refugio del aire acondicionado del hospital. Además, llevaba demasiado tiempo sentada y necesitaba estirar las piernas un poco.

El hospital parecía lo suficientemente grande como para poder vigilar a Matthew sin ser descubierta. Quizá hasta pudiera mirar disimuladamente cómo se encontraba Kevin. Siendo caritativa, cabía la posibilidad de que el chantaje de Matthew se debiera a que, preocupado por la salud de su padre, no hubiese actuado en plenas facultades mentales. Tembló a pesar del calor que hacía. Aquellas habían sido las palabras que había leído en un artículo sobre la trágica muerte de Leigh Riordan. Aunque no se daban detalles, el informe médico final había declarado que la mujer se había quitado la vida no estando en plenas facultades mentales.

Pero no, esa posibilidad era difícil de creer, pues aquellas fotos tan ruines habían sido hechas una semana antes de que a su padre le diera el infarto.

La unidad de cardiología estaba en el tercer piso y, por miedo a que la atraparan metida en el ascensor, subió por las escaleras, de dos en dos, dando gracias de su buen estado físico. Ni siquiera tenía la respiración entrecortada cuando llegó a la señal de no fumar de la tercera planta. El pasillo estaba atestado de visitantes vestidos con elegancia y pacientes en bata.

A la mitad del reluciente corredor había una bifurcación en forma de te, donde se hallaba la sala de enfermeras, todas con sus distintivas batas blancas.

Antes de llegar a la bifurcación, vio el aseo de mujeres y aprovechó para sacar un pulverizador, llenarlo de agua y refrescarse las muñecas y el cuello.

Luego volvió a ponerse las gafas de sol y echó a andar hacia la sala de enfermeras, mirando los carteles que encontraba a cada paso con los nombres de los pacientes internados. _ Casi había llegado a la bifurcación cuando le dio un pisotón a una mujer de pelo gris que se acercaba a ella en dirección contraria.

—Lo siento muchísimo. ¿Se encuentra bien? —se disculpó Rachel. Por suerte, ella llevaba sandalias planas, pensó mientras calculaba que la mujer tendría sesenta y tantos años. Sabedora de lo frágiles que podían ser los huesos de las personas mayores, se agachó para inspeccionarle el pie y vio, aliviada, que apenas le había hecho daño—. Parece que le saldrá un moretón. Lo siento, de verdad — insistió mientras recogía el correo desperdigado y un ramo de flores de la mujer. No llegaba al metro sesenta, de modo que cuando Rachel se levantó, se sintió como una gigante.

—Tranquila —dijo la mujer—. Además, no podía haber pasado en un sitio mejor, ¿verdad? ¿Trabaja usted aquí? —añadió sonriente.

—No… no creo que el hospital contrate a personas que se dediquen a atropellar a la gente.

—Les vendría bien para aumentar el trabajo —la mujer rio. Aunque llevaba ropa cara y las perlas que le adornaban el cuello eran auténticas, su acento denotaba que era de origen humilde.

—O para que los denunciaran y se quedaran sin él… Me temo que le he estropeado las flores —Rachel sonrió mientras le entregaba el ramo.

—Da igual, no creo que mi esposo se entere. Estará demasiado ocupado quejándose porque no le he traído whisky ni chocolate.

—¿Estando en cardiología?

—Es muy mal paciente —reconoció la mujer—. Siempre ha presumido de tener una salud de acero. Nunca se había puesto enfermo hasta…

—¿Está muy grave? —preguntó Rachel con cautela.

—Ha tenido un ataque al corazón. Los médicos dicen que le tienen que hacerle un by-pass —informó la mujer, preocupada.

—Estoy segura de que su marido está en las mejores manos —

dijo Rachel, convencida—. ¿Ha venido con algún familiar? —añadió mientras le iba pasando el fajo de cartas y postales que le había tirado al suelo.

—Se suponía que mi hijo iba a venir —contestó la mujer—. Pero imagino que se habrá adelantado para interrogar a los médicos y ordenarles que no le den demasiados detalles a su delicada mamá… Es un chico encantador, pero demasiado dominante.

—Ya sé a que se refiere —Rachel sonrió.

—¿Con lo alta que es? —la alabó la mujer—. Ojalá yo fuese como usted. Siempre me entra tortícolis cuando discuto con mi marido o mi hijo. Debe de ser genial poder hacer frente a los hombres autoritarios y mirarlos a los ojos directamente.

—O hacia abajo incluso —Rachel sonrió.

—Puede que sea más alta que mi hijo —comentó la mujer tras calcular la estatura de Rachel—. Pero no por mucho…

—Mido un metro ochenta y seis.

—Entonces le saca unos centímetros… Parece que todavía no se ha dado cuenta de que, en realidad, somos el sexo fuerte. Aunque la culpa es mía en parte: llegó cuando ya no me lo esperaba y, siendo hijo único, lo mimé demasiado. Mi salud no era demasiado buena por aquel entonces, de modo que creció creyendo que éramos seres frágiles. Luego su padre lo mandó a un internado para que se hiciera un hombre y se cultivara —la mujer suspiró—. Pero pasó de ser un chico sensible y apasionado a convertirse en un adulto introvertido. Tuvo un par de malas experiencias con mujeres: se caso a los veinte años, pero acabó fatal… y ahora parece que reserva todas sus energías para el trabajo.

Rachel tuvo un terrible presentimiento. Miró el último de los sobres que le estaba pasando a la mujer: tenía tamaño rectangular e iba dirigido a…

—¿Es usted la señora Riordan?, ¿la señora de Kevin Riordan?

—Sí… Dorothy. ¿Conoce a mi marido? ¡Maldita coincidencia!

—Solo un poco. Hemos colaborado en algún asunto de negocios. Ayer me enteré de que estaba enfermo y llamé al hospital para ver cómo estaba; pero se limitaron a decir que estable —improvisó Rachel mientras trataba de imaginar cómo escapar de allí lo más rápidamente posible.

—¿Y ahora ha venido a preguntar en persona? —el rostro de

Dorothy se iluminó—. Qué amable. Todavía no está en condiciones de recibir visitas, pero le diré que ha venido, señorita…

Rachel pensó si darle un nombre falso, pero alguien se adelantó:

—Blair. Rachel Theodora Blair —Matthew se interpuso entre las mujeres y arrebató el sobre que aún sujetaba esta—. Gracias, ya lo guardaré yo.

Rachel se giró y miró horrorizada al hombre que se había acercado a ella con tanto sigilo. A juzgar por la expresión de sus ojos, estaba muy enojado.

—¡Matt, por fin! —lo saludó su madre con alegría—. ¿Conoces a la señorita Blair?—íntimamente —musitó él. Dorothy se sorprendió por aquella respuesta, y Rachel no pudo evitar ruborizarse.

—Me estaba diciendo que ha venido a ver cómo está papá…

—¿De veras? —cuestionó Matthew.

—Bueno, en realidad… Yo estaba…

—¿Haciendo un servicio especial? —sugirió él mientras se abanicaba con el sobre. — —De paso —completó Rachel.

—He traído el correo del día, Matt —dijo la madre—. Pensé que tu padre se alegraría al ver las cartas y tarjetas que le han enviado, deseándole una pronta recuperación.

—¿Qué hay en este sobre, Rachel? —le preguntóMatthew con voz sedosa—. ¿Otra tarjeta llena de buenos deseos?

—No tengo ni idea —contestó ella. La presencia de la madre estaba coartando a Matthew, pero, aun así, seguía resultándole amenazante.

—Vaya, y yo que creía que siempre te gustaba estar «encima» de todo —murmuró él—. Creía que te gustaba controlar la situación… dirigirnos a todos con un látigo en la mano, por así decirlo.

Rachel lo miró a los ojos, hecha una furia. ¡Lo estaba reconociendo! ¡Estaba presumiendo de lo que había hecho, delante de su propia madre!

Por suerte, la señora Riordan no había captado aquellas malévolas indirectas.

—Así que es usted una mujer de armas tomar —dijo Dorothy con ingenuidad—. ¿A qué se dedica exactamente, señorita Blair?

Rachel le habló de Weston. Concentrarse en la conversación era muy difícil, ya que Matthew la abrumaba psicológica y físicamente. Cada vez que él le rozaba con la manga del traje, se le ponía la

carne de gallina. Y si giraba la cabeza hacia Matthew, aspiraba una fragancia varonil mareante.

—¡Qué interesante! Tiene que ser un trabajo emocionante —exclamó Dorothy, entusiasmada—. Supongo que hará falta mucha experiencia.

—Rachel tiene muchísima experiencia —terció Matthew—. Ha olvidado contarte que también es masajista, y doy fe de que se entrega a fondo con sus clientes.

—¡Matt! —lo reconvino Dorothy, que sí había intuido la carga sexual de aquellas últimas palabras.

—No pasa nada, señora Riordan —intervino Rachel—. Ya había llegado a la conclusión de que su hijo debía haberse llevado más azotes de pequeño.

—¿Me está ofreciendo que me tumbe sobre sus rodillas, señorita institutriz?

—¡Matt!

En esa ocasión, los dos hicieron caso omiso de la protesta de Dorothy.

—Sería una pérdida de tiempo: es evidente que no tienes remedio — espetó Rachel.

—¿Acaso ibas a corregir mis defectos con métodos violentos? ¿No sabes que hoy día está prohibido pegar a los niños? ¡Vaya una madre que serías!

Se quedó helada. Quiso gritar que sería una madre estupenda, que ya había sido una madre estupenda y había hecho todo lo que se suponía que debía hacer una madre por su bebé: sufrió mucho, hizo sacrificios y creó algo extraordinariamente bueno a partir de una pesadilla de odio y temor…

Sacudida por los dolorosos recuerdos de una etapa que había creído tener superada, alzó la barbilla y lo miró con una indiferencia que a Matt le resultó más provocadora que cualquier réplica desafiante.

—Mamá, ¿por qué no vas a enseñarle esas cartas a papá? —le propuso sin quitar los ojos de Rachel—. El cardiólogo sigue con él, así que podrás hacerle todas las preguntas de las que estuvimos hablando anoche.

¿Habría sido al hospital adonde se había dirigido la noche anterior? ¿Cómo podía haber pasado por alto algo tan obvio?

¡Menuda detective estaba hecha!

—¿Intentas deshacerte de mí? —le preguntó la señora Riordan con sequedad.

Matthew se giró hacia su madre y esbozó una sonrisa tan dulce, que Rachel se quedó sin respiración.

—Por favor —insistió él—. Yo ya he hablado un buen rato con papá. Y Rachel es demasiado tímida para reconocerlo, pero en realidad ha venido a verme a mí.

—¿Sí? —Dorothy enarcó las cejas.

—Sí, ella y yo tenemos… —Matthew hizo una pausa, agarró una mano de Rachel y entrelazó los dedos de ambos—… asuntos pendientes.

—Entiendo…

—¿Por qué le has dicho eso? —lo encaró Rachel en cuando Dorothy se hubo marchado—. Sabes la idea con la que se ha ido, ¿verdad?

—Mejor que piense eso a que sepa la verdad —replicó Matthew con acritud. Luego tiró de su brazo y echó a andar hacia el pasillo.

—¿Qué verdad? —contestó ella, siguiendo el paso de Matthew sin dificultad.

—¡Que estás dispuesta a poner en peligro la vida de mi padre con tal de enriquecerte!

—¿Qué?

Matthew se detuvo, empujó una puerta que había entornada y la introdujo en una sala llena de estanterías. Estaba tan furiosa, que no se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta que ya era demasiado tarde.

—¿Se puede saber que haces? —protestó mientras él cerraba la puerta de una patada—. ¡Estamos en el almacén del hospital!

—Me asombra tu capacidad de deducción —se mofó Matthew mientras apoyaba la espalda en la puerta y abría el sobre.

—¡Está dirigido a tu padre, no a ti!

—¿Y qué es lo que tienes tantas ganas de que vea? ¿A ver qué tenemos aquí? ¿Otro capítulo de Vidas depravadas! —Matthew le enseñó las fotos a Rachel y ésta se quedó sin respiración.

—¡Dios!

—¡Eres una ramera! —explotó él—. Tenías que seguir apretando los tornillos, ¿verdad? Aunque sabes que no te va a llevar a ningún

lado.

—¡No sé de qué estás hablando!

—Intentabas mandarle esto a un hombre enfermo —Matthew le puso las fotografías frente a la nariz.

—No, yo no…

—¡Claro que sí! —bramó él—. He visto cómo le entregabas el sobre a mi madre. Si no te hubiera detenido, se las habría llevado y las habría abierto delante de papá.

—Pero yo no tengo nada que ver —aseguró Rachel, desconcertada.

—¡Así que eres mentirosa además de desalmada! —la acusó Matthew.

Rachel le dio una bofetada que le dejó la mano marcada en la mejilla. Durante unos segundos, no hubo más ruido que el de sus respiraciones agitadas.

—¿Te gusta el contacto físico? —dijo Matthew, acercándose a ella—. Creía que solo pegabas a hombres atados.

Las hormonas de Rachel se revolucionaron. Notó el peso de sus pechos, como si echaran de menos las caricias con que él los había agasajado. Recordó el cuerpo de Matthew, sus músculos, el vello de sus muslos, el modo en que sus caderas se habían alzado entre las piernas separadas de ella. Y sintió un líquido húmedo debajo del vientre.

—¡No me toques!

—No te he tocado —dijo Matthew con voz ronca.

Rachel advirtió que era verdad y se puso roja. Era como si, en el fondo, le .hubiese pedido que sí la tocara…

—¿Cómo te atreves a ir de santurrón conmigo? —contraatacó ella—. Fuiste tú quien abrió nuestra caja de Pandora particular. ¡No puedes culparme de que los fantasmas que has dejado libres se hayan vuelto en tu contra y te persigan!

Matthew miraba sus labios a medida que Rachel hablaba, y ésta supo que no era en sus palabras en lo que estaba fijándose.

—Lo único que me persigue es el recuerdo de tu cuerpo —murmuró él—. Tu piel, tu sabor, tu olor… es todo tan vago e irreal. Si no fuera por las fotos, creería que es un sueño… como los que he tenido todas las noches desde entonces.

La insinuación le derritió los huesos. Rachel pensó en todas las

noches que había despertado ella, caliente y sudorosa, tras haber soñado con un amante apasionado.

—¡Deja de mirarme así! —le ordenó Rachel sin convicción. El bolso se le resbaló por el hombro y cayó al suelo.

—¿Así cómo?

Desvió la mirada para no soportar el intenso erotismo de sus ojos y notó el aliento de Matthew junto a ella. No fue capaz de moverse cuando este metió una pierna entre las suyas y la corbata acarició con suavidad el valle de sus pechos.

—¿Cómo, Rachel? Explícame cómo te miro —insistió Matthew mientras ella trataba de mantenerse fría. Riordan posó los labios en su cuello y marcó un reguero de besos hasta el lóbulo de su oreja izquierda—. ¿Cómo te miro?, ¿como si quisiera comerte? ¡Porque eso es justo lo que quiero! ¡Dios!, ¿cómo puedes ser tan deseable? — añadió mientras aspiraba el perfume de su cabello.

Desde los quince años, el mayor temor de Rachel había sido encontrarse indefensa ante el ataque lujurioso de un hombre más fuerte que ella. Pero, ¿dónde estaba su aversión, su miedo y su rabia para defenderse en esos momentos? Era cierto que se sentía indefensa, pero no ante el acoso sexual de Matthew, sino ante los incontrolables deseos que corrían por sus venas.

En vez de recurrir a sus conocimientos de defensa personal, lo rodeó por la cintura y acercó los pechos hasta que sus pezones rozaron la camisa de Matthew. Y su pierna, que debería haber subido para propinar un doloroso rodillazo a su oponente, se limitó a restregarse contra la parte exterior de su muslo mientras él se apretaba todavía más contra sus pechos.

El pelo de Matthew le hizo cosquillas en la nariz al tiempo que le besaba el cuello, la barbilla, los pómulos, los ojos… todos los sitios menos la boca.

Ya estaba a punto de sucumbir cuando, por alguna razón, recuperó la cordura:

—Matt… —Rachel puso las manos entre ambos para separarse. En vista de que se resistía, le clavó las uñas en la espalda.

—¡Bruja…! —Matthew bajó la mano y la introdujo bajo la falda de Rachel para acariciarle el trasero.

Los suspiros y los jadeos se entremezclaron, el roce de sus cuerpos hizo estallar la pasión… ¡y todavía no la había besado!

Matthew pasó la barbilla sobre sus labios, hasta que, frustrada, Rachel le giró la cabeza con ambas manos para encontrar la intimidad que tanto anhelaba. Se resistió solo lo suficiente para quitarse las gafas y meterlas en un bolsillo de la chaqueta. Luego, aplastó la boca sobre la de ella.

Era todo cuanto había deseado Rachel, el sueño hecho realidad… un placer dulce y delicioso, tórrido, húmedo y fantástico. Entreabrió los labios para dar paso a la lengua de Matthew, que exploró las cavidades de su boca con curiosidad antes de enlazarse con la de ella. Luego se retiró. Y volvió a besarla y a retirarse y a besarla, mordisqueando y chupándole los labios y cambiando de ángulo para profundizar el beso o hacerlo más erótico, más rápido, más lento…

Se deleitó entre los brazos de Matthew. El tiempo dejó de importar cuando las manos de este empezaron a acariciarle todo el cuerpo. Acercó la boca a los pechos de Rachel, pero halló la barricada del sostén. Maldijo y la castigó con un beso voraz que ella devolvió con la misma avidez, hundiendo los dientes en el labio inferior de Matthew, al tiempo que jugueteaba con el bulto frontal de sus pantalones.

Oyeron el chirrido del pomo y, acto seguido, apareció una joven enfermera llena de pecas. Se separaron… aunque no a tiempo de disimular lo que habían estado haciendo.

—Yo… solo venía a recoger una almohada —balbuceó la enfermera, ruborizada al ver el sofoco de Rachel y Matthew. Este reaccionó en seguida y le pasó una almohada de una estantería.

—Toma —esbozó una sonrisa sarcástica—. Nosotros no la íbamos a necesitar.

¡Lo había dicho como si hubieran estado a punto de hacer el amor de pie! Aunque era imposible saber adonde habrían llegado si no los hubiesen interrumpido, reconoció Rachel. Horrorizada, vio que el sobre de las fotos había caído boca arriba, así que se agachó para recogerlas con el pretexto de agarrar el bolso.

—Gracias —la enfermera aceptó la almohada y se atrevió a añadir—: se supone que no deberían hacer… lo que estaban haciendo aquí.

—Cariño, se supone que no deberíamos estar haciéndolo en ningún lugar —replicó Matthew.

—Pensará que somos dos adúlteros —protestó Rachel mientras se retiraban.

—O hermano y hermana —dijo él mientras se ponía las gafas.

—¡Serás pervertido!

—Puede, pero tú no me vas a la zaga. Parece que es inevitable que nos pillen in fraganti —Matthew sonrió—. Supongo que este último incidente cambia las cosas entre nosotros, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Parece que el chantaje es poco productivo; así que será mejor considerar otra opción más… estimulante.

—¿Como qué?

—¡Secuestrarte!

Capítulo 6

ECHÓ a correr y creyó que había logrado escaparse cuando llegó al aparcamiento y entró en el coche por la puerta del copiloto. Pero Matthew saltó las escaleras con agilidad y abrió la puerta del conductor antes de que ella pudiera ponerse frente al volante y arrancar.

—¡En marcha! —dijo tras arrebatarle las llaves.

—¡No puedes hacer esto! —protestó Rachel mientras salían del aparcamiento.

—Acabo de hacerlo —repuso Matthew, poniendo el intermitente para incorporarse a la autopista.

—Pero… tu Porsche…

—Pediré que vengan a recogerlo. Ahora tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—¿Como denunciarte por secuestro?

—Adelante. Llama a la policía —la animó Matthew con sarcasmo—. Cuanta más gente se involucre en este sórdido asunto, mejor.

—¿Adonde me llevas?

—A un sitio donde no nos interrumpan.

En efecto, la llevó a un lugar retirado, situado al sur de la ciudad, con vastas extensiones de césped. Allí, cerca de un par de establos, se alzaba una casa blanca, protegida por un sistema de seguridad ultramoderno.

—Para entrar o salir hace falta introducir dos códigos y que la huella digital coincida —la informó mientras entraban en el vestíbulo—. Así que se armará un buen follón si intentas abrir alguna puerta.

Rachel miró en derredor y vio que todas las puertas del ancho y

largo pasillo estaban cerradas. Al fondo había una escalera que conducía al piso superior.

—¿Y no sería mejor que desconectaras tanta alarma?

—He desconectado los sensores de sonido y movimiento. Pero creo que dejaré el resto funcionando hasta que te sientas un poco más… segura de mi hospitalidad.

—¿Me puedes dar las llaves de mi coche por lo menos? —le preguntó Rachel.

Estaba convencida de que Matthew se negaría, pero las sacó del bolsillo y se las lanzó.

—Las puertas del garaje también tienen un código —la advirtió —. ¿Tienes sed? Pareces acalorada —añadió luego.

Matthew echó a andar y Rachel, impulsada por la curiosidad, lo siguió sin protestar. El suelo de madera dio paso a una mullida moqueta oriental, colorida y con motivos geométricos.

Matthew entró en una habitación enorme con vistas a una piscina alimentada por una cascada y rodeada por losas blancas. Una gran librería se extendía desde el suelo hasta el techo en la pared de atrás. Por lo demás, solo había un pequeño mueble con cajones, un sofá sin brazos orientado hacia la piscina y alguna obra de arte en las paredes.

Dejó la chaqueta y la corbata sobre el mueble y colocó encima el sobre de las fotos, el cual había sacado del bolso de Rachel con anterioridad. En la parte inferior del mueble había una nevera. Matthew sacó una botella de agua mineral y una lata de cerveza, como dándole a elegir en silencio. Rachel apuntó a la botella y Matthew se la sirvió en una copa.

—¿No es un poco pronto para eso? —preguntó ella al ver que Matthew se decantaba por una cerveza—. Si vas a emborracharte otra vez, me gustaría marcharme. Te pones muy desagradable cuando estás borracho.

—¿De veras? Pues en las fotos no pareces disgustada.

—¿Crees que me divertí con lo que tuve que hacer esa noche? —replicó ella con frialdad.

—¿Tuviste? ¿Alguien te obligó a seducirme y colocarme en una situación comprometida?

—¡Yo no te seduje!

—Pero me empujaste a la piscina. Lo del gato fue una invención,

¿verdad? —la acusó sonriente—. Y creo recordar que fuiste tú la que sugirió que fuéramos a la casa de invitados.

—Merrilyn estaba aterrada. Tú estabas desquiciado y diciendo groserías a todos los invitados —contestó Rachel—. Alguien tenía que actuar.

—Así que realmente fue idea tuya —concluyó él, desabrido—. Todavía no me has contado por qué: ¿era una forma retorcida de vengarte por no haber conseguido los contratos que quería Weston? ¿Lo has hecho por dinero?, ¿o solo para jugar un rato?

—Eres tú quien está jugando —contestó Rachel, confundida—. El que tiene que explicarse eres tú.

—¿Me estás diciendo que fui yo quien dio el primer paso? —Matthew dejó la cerveza sobre el mueble—. Está bien, ¿cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Por las fotografías y los negativos?, ¿cuánto dinero? —aclaró Matthew. Rachel no podía creérselo. ¡Le estaba pidiendo que le dijese cuánto estaba dispuesta a pagarle por las fotos!—. ¿Cuánto crees que valen? ¿Diez mil?

—¡Diez mil dólares! —exclamó, incrédula.

—¿Te parece poco? —replicó Matthew—. ¿Qué tal veinte?, ¿cincuenta de los grandes? ¿Cien?

—¡No seas absurdo! —gritó Rachel—. Eres millonario. Tú no necesitas dinero.

—¿Y tú sí?, ¿para qué? ¿Para sacar adelante tu moribunda empresa?

—No está moribunda —la defendió Rachel—. Solo necesita librarse de unas deudas.

—¿Y el modo de resolverlo es chantajeándome?

—No sé de qué estás hablando —aseguró ella—. Esas fotos son tuyas. ¡Eres tú quien me está chantajeando!

—¡Ni tú te lo crees!

Rachel buceó en su bolso y sacó la nota que Matthew le había escrito con tinta verde.

—Entonces, ¿qué es esto! —espetó enojada—. Primero me mandas esas fotos y me amenazas con sacarlas a la luz. Luego me llamas ramera…

—Pero tú me las mandaste antes —atajó Matthew, pálido al darse cuenta del error que podía haber cometido.

—No las había visto en mi vida hasta que me las mandaste con tu asquerosa nota —aseguró Rachel, indignada—. Y el sobre que le estaba dando a tu madre se le había caído al suelo. Yo solo lo recogí. No tengo ni idea de la procedencia de esas fotos, y si tienes más…

—No tengo, y yo tampoco sé de dónde han salido.

—¿Qué?—

Matthew le resumió la llegada del sobre, dirigido a Industrias KR, a nombre de su padre.

—No había ningún mensaje, pero di por supuesto que eran tuyas — confesó él.

—¿Que lo diste por supuesto? —repitió Rachel, ofendida—. ¿Y por qué iba a ser yo la chantajista? ¿Qué te hizo siquiera pensar que yo podía hacer algo tan despreciable?

—No sé… quizá fue mi subconsciente.

—¿Tu subconsciente te dijo que yo era una ramera chantajista? — replicó ella, colérica.

En vez de echarse atrás, la miró los ojos y contestó con una sinceridad apabullante:

—No, mi subconsciente me decía que eras una mujer increíblemente sexy por la que me sentía muy atraído. No soy capaz de pensar cuando estás cerca, así que no podía fiarme de ti —arrancó Matthew—. Cuando recibí las fotos, me sentí furioso, traicionado… pero también excitado. Quería que fueses tú la chantajista, porque algo tan vil me daría un motivo para reprimir mis instintos más básicos…

—Yo… no sé qué esperas que diga —balbuceó Rachel, abrumada.

—¿Debería mandarte otro ramo de rosas? —murmuró él al tiempo que se quitaba las gafas.

—¡No! —Rachel prefería no recordar lo que había pasado la última vez que Matthew se había quitado las gafas.

—Tú también pensaste mal de mí, así que, de alguna manera, estamos empatados —señaló él.

—Pero yo reconocí tu caligrafía —razonó Rachel—. Y Neville dijo…

—Ah, Neville —la cortó Matthew—. Estoy seguro de que mi querido primo no habló muy bien de mí.

Rachel trató de asimilar lo que estaba oyendo. Riordan había pasado de insultarla a confesarle que su relación con su primo dejaba mucho que desear.

—¿Por qué… estás dispuesto a confiar en mí ahora? —preguntó ella— . ¿Y por qué debería creerme lo que tú me digas?

—Quizá porque ahora nos conocemos un poco más —Matthew se acercó a ella—. ¿La paz?

—Si crees que por un par de besos me conoces…

—En realidad, lo decía por nuestras mutuas investigaciones. El hombre que tengo vigilándote dice que en tu vecindario te consideran una mujer atenta y honrada.

—¿Me has tenido bajo vigilancia?

—Me pareció una buena idea —Matthew se encogió de hombros —. Claro que si hubiera sabido que tú ibas a seguirme, me habría ahorrado el dinero.

—¿Sabías que te estaba siguiendo?

—Bueno, no hasta que el detective me entregó el informe mientras hablaba en el hospital con mi padre antes —reconoció él.

—Espero que el detective te haya costado un ojo de la cara —gruñó Rachel.

—Me hizo descuento: forma parte del equipo de detectives de Sociedades Ayr.

—Y supongo que será el que te recogerá el Porsche.

—No. De hecho, le he dicho que ya no necesitaré más de sus servicios. A partir de ahora me ocuparé yo personalmente.

—¿Le has enseñado las fotografías?

—No se las he enseñado a nadie. Ni siquiera lemencioné la palabra «chantaje». Para él, solo es un caso más.

—¿Vas a pasar la factura a Sociedades Ayr o a una cuenta privada?

—Privada.

—Entiendo. Así que sabe que es algo que no quiere que aparezca en los libros de contabilidad. Lo más probable es que piense que me estás investigando para saber si podría ser tu querida.

—Amante. Serías mi querida si ya estuviera casado. Como no lo estoy, en todo caso pensará en ti como una posible amante —corrigió Matthew—. Pero, ¿por qué te subestimas tanto? Quizá imagine que te investigo para averiguar si serías una esposa

adecuada.

—¿Y qué te hace pensar que estar casada contigo es una meta tan elevada? Además, los hombres que están pensando en casarse no suelen llevar sus antiguos anillos de boda.

—¿Tan poco sagaz eres? —Matthew se sacó el anillo—. No imaginas lo útil que me ha sido para mantener alejadas a las lobas de la alta sociedad. Ni la cantidad de ofertas que recibí en cuanto Leigh murió.

—Los ricos nunca están solos si no quieren —espetó Rachel.

—Nunca me engañé pensando que el sexo podría sustituir al amor - Matthew se guardó el anillo en un bolsillo—. Y un amor comprado no merece la pena. ¿Y tú?

—¿Yo? —preguntó ella, sorprendida por la vena romántica de Matthew Riordan.

—Después de que David Weston muriese, ¿has atendido a alguna oferta masculina?

—¿Por qué lo preguntas? Seguro que a estas alturas ya tienes una lista completa con los nombres de mis ex amantes.

—Me interesa tu presente, no tu pasado. Y ahora mismo no parece que haya ningún hombre en tu vida. A no ser que tú y tu socio tengáis algo en secreto.

—¿Frank? —preguntó Rachel, asombrada.

—¿No te parece atractivo?

—Supongo que es guapo, pero no nos llevamos especialmente bien —Rachel se encogió de hombros—. No se puede decir que sea irresistible.

—¿Eso es lo que buscas?, ¿un hombre al que no seas capaz de resistirte? No es muy políticamente correcto que se diga.

—¿Desde cuándo tiene que ver esto con la corrección política? Y yo no estoy buscando nada. ¡Estoy contenta con mi vida! —mintió con una fiereza que sonó hueca.

—¿Qué te dijo cuando le contaste que te estaba chantajeando?

—¿Y qué te hace pensar que fui corriendo a contárselo a Frank? —replicó ella—. Puedo arreglar sólita mis problemas.

—¿No se lo has dicho? —Matthew enarcó una ceja—. Supuse que valorarías su opinión profesional.

—No se lo he contado a nadie. Y si Frank supiera lo de estas fotos, su actitud no tendría nada de profesional —aseguró Rachel—.

Se pondría hecho una furia.

—¿Quieres decir que se pondría violento?—Matthew frunció el ceño—. ¿Te ha hecho daño alguna vez?

—¡No, por supuesto que no! Pero probablemente exigiría que dejara de ser socia de la empresa… y no podría echárselo en cara.

—Yo sí. Eras la prometida de su hermano. ¿No debería ponerse de tu parte?

—Ya te digo que no nos llevamos bien. Pensaría que me lo tendría merecido por descuidada. Y lo fui. Alguien nos siguió a esa habitación y sacó esas fotos sin que me diera cuenta.

—Yo tampoco me di cuenta.

—Matthew, tú no estabas en condiciones de darte cuenta de nada… ni de hacer nada al respecto.

—Permíteme que disienta. Por ejemplo, me fijé muy bien en ti… y si no hubiera estado en condiciones de hacer nada al respecto, no habrías tenido que atarme a la cama —Matthew miró la expresión de culpabilidad de ella y decidió que ya era hora de que alguien la hiciera reconocer que a veces se necesita ayuda—. No te castigues así. Nadie pudo planear que las cosas salieran tal como salieron aquella noche. Se juntaron muchos factores, así que tuvo que ser un plan improvisado. Alguien vio la oportunidad y la aprovechó. Te has visto involucrada por estar en el sitio equivocado en el momento equivocado. No me pidieron dinero, así que no se trata de una extorsión financiera, sino de una venganza contra los Riordan… y contra mí en particular.

De modo que estaba asumiendo el protagonismo de la película y relegándola a un papel secundario.

—Sin nota, no podemos estar seguros de nada-dijo Rachel—. Podrían querer hundir mi reputación a ojos de tu padre; hacerme parecer un peligro para su familia e impedir, de ese modo, que Weston e Industrias KR colaboren.

—¿Y quién se beneficiaría más de eso?

—¿Directamente? Supongo que las otras agencias de seguridad.

—¿Y te parece probable que empleen medios tan ruines contra uno de los suyos, con el riesgo que entraña para ellos mismos? —preguntó Matthew—. Algo así podría volvérseles en contra.

Desde ese punto de vista, sonaba muy improbable. Rachel había estado tan convencida de que Matthew era el culpable, que no

había barajado otras opciones.

—¿Y tú?, ¿cuántos enemigos tienes? —lo desafió Rachel.

—Desde que papá ha empezado a airear que estoy pensando en presentarme a las elecciones municipales, cualquiera sabe. En mi opinión, cualquiera que no sea mi amigo es un posible enemigo—Matthew se encogió de hombros—. Por lo menos es sencillo darse cuenta de quién es tu amigo deverdad, porque los verdaderos amigos permanecen a tu lado en los momentos difíciles… como tú ahora.

—Yo no soy tu amiga. Solo estoy aquí porque no tengo más remedio.

—Pero estás a mi lado en un momento difícil. Lo quieras o no, estamos en el mismo barco —contestó él—. Vamos, Rachel, tenemos deberes que hacer…

Por embarazoso que le resultara, los deberes consistían en comparar lo que uno y otro recordaba y en examinar las últimas fotografías, idénticas a las tres primeras.

—Yo creo que podemos concluir que no hay más: el fotógrafo solo pudo sacar estas, no un carrete completo. De lo contrario, ¿por qué no iba a ir mandando fotografías cada vez más explícitas y, por tanto, más comprometedoras?

—¡Porque no llegamos más lejos! —exclamó Rachel, sentada en el sofá—. ¡No puede haber fotos más comprometedoras!

—¿No? —Matthew la miró desde el suelo, donde estaba tumbado junto a las fotos.

—¿No lo sabes?

—Ya te lo he dicho —Matthew sonrió—. No recuerdo bien nada después de la parte fetichista… Mi doctor dice que le contaste que estaba delirando.

—¡No hubo parte fetichista! Te até temporalmente, y sin apretar, cuando intentaste quitarme el vestido…

—Después de que tú me desvistieras a mí…

—Tenías la ropa empapada y tú no te la quitabas. El médico me dijo que hice lo correcto.

—¿Entonces no hicimos el amor? —preguntó Matthew, pesaroso.

—¡No! ¿Por qué clase de mujer me tomas? No, mejor no contestes — rectificó ella—. Créeme, Matthew: no pasó nada.

—Pero queríamos que pasara… Creo recordar…

—Que estabas aturdido y tenías fiebre —atajó Rachel.

—Pues daba la impresión de que tú también estabas excitada —murmuró él—. ¿Has mirado las fotos con lupa? Porque si no lo hiciste, deberías ver esto. Es importante —añadió de pronto, tras echar un nuevo vistazo a las instantáneas.

—¿Qué? —Rachel bajó del sofá, se arrodilló junto a Matthew y tomó su lupa.

—Mira, ahí…

Se puso roja al ver que Matthew señalaba hacia el punto en que la cintura de Rachel conectaba con un lateral del trasero.

—¡Serás…!

—No te precipites —Matthew la obligó a que dejara la lupa fija —. Olvídate por un momento que somos tú y yo. ¿No ves que está retocada por ordenador? Además, fíjate en el ángulo tan extraño que forman tus caderas con tus muslos. Estas piernas no pertenecen a una mujer de tu estatura. ¿Y dónde están los músculos de una monitora de gimnasio?

—¡Dios!, ¡no soy yo! —exclamó Rachel, agradecida, tumbándose boca abajo junto a Matt-hew—. ¡Está toda trucada!

—Bueno, toda no… La mitad superior te pertenece a ti. Y está claro que el de debajo soy yo.

—Ya me extrañaba que el vestido estuviera tan abajo —dijo ella —. Recuerdo haber forcejeado mucho para mantenerlo en su sitio… ¿Cómo no se me había ocurrido que estaba trucada? —se castigó.

—Supongo que, como yo, te enfadaste tanto que fuiste incapaz de pensar con frialdad. Y porque las otras dos fotos son auténticas del todo —explicó Matthew—. Quien haya hecho esto es inteligente, y tiene medios a su alcance: un buen escáner digital, mucha paciencia… y muchísimo rencor.

—Y el látigo —descubrió Rachel tras cambiar el ángulo de la lupa—, también lo han añadido. ¿Te has dado cuenta? Se supone que está sobre la sábana, pero no forma ningún pliegue alrededor.

—Pensándolo bien, una mujer tan fuerte como tú no necesita un látigo para mantener a un hombre a raya —comentó Matthew—. Sobre todo, teniendo en cuenta que ya tienes una lengua más afilada que cualquier látigo.

Al mirarlo de reojo, vio que estaba bromeando. Sus miradas se

encontraron y, por primera vez, se sintió tentada de echarse a reír con una observación de Matthew.

—Deduzco que ya no me tomas por una profesional del sadomasoquismo.

—No creo que quieras ni esperes que el hombre que comparta tu cama se someta abyectamente a ti. Lo más probable es que exijas un intercambio de pasión de igual a igual.

¡La consideraba una mujer experimentada!,exclamó para sus adentros Rachel, alarmada por lo excitante que le resultaba tal idea. Ella nunca había estado con hombres más jóvenes: David había sido once años mayor… y ella debía aferrarse a la memoria de su difunto novio para tranquilizarse.

—¿Qué vamos hacer con esto? —preguntó, apuntando hacia las fotos.

—Me alegra que digas «vamos» —Matthew guardó las fotos en el sobre y la ayudó a ponerse de pie—. ¿Deduzco que ya no quieres llamar a la policía?

—¡Antes se lo cuento a Frank! Cuanta menos gente lo sepa, menos posibilidades de que haya una filtración.

—Entonces, lo primero que tenemos que hacer es neutralizarla amenaza que esas fotos representan, destruyendo su capacidad de crear un escándalo. Eso nos dará más libertad para llevar a cabo una investigación más sesuda.

—Pero sin gente de fuera, ni siquiera los detectives de tu empresa —replicó Rachel mientras salía tras Matthew y lo seguía hacia una cocina deslumbrante, donde este le preparó algo de comer.

—Llevo unos días que no tengo mucha hambre-dijo ella para justificar que solo hubiera tomadoun sandwich y una manzana para comer—. Todavía estoy recuperándome de la gripe —añadió mientras lo veía trocear un pollo, hervir agua para un huevo duro y preparar una ensalada.

—Por mi culpa, ¿verdad? —Matthew le acercó el plato de ensalada—. Pero te prometo que es la única clase de infección que te puedo transmitir en la cama. Porque no negarás cómo quieres que acabemos, ¿verdad? Si somos sinceros ahora, luego podremos disfrutar más de la espontaneidad.

Asombrada por la presunción de Matthew, se limitó a pinchar en

la ensalada. Entonces, para no forzar la situación, él la entretuvo contándole los esfuerzos que su padre había hecho para salir de la miseria y convertirse en el gran empresario que era.

Sin darse cuenta, Rachel empezó a compartir recuerdos poco agradables de su infancia: el impacto que les había producido a sus padres su inesperada llegada cuando ya sabían que no estaban hechos para la paternidad y el poco cariño que había recibido de ellos.

Al final, mientras tomaba una taza de té, retomaron la discusión sobre las estrategias que debían seguir. Y cuando Rachel insistió en investigar por su cuenta, Matthew enumeró una serie de razones que llevaron a Rachel a convenir en que no daría ningún paso sin consultarlo antes con él… aunque no prometió que fuese a seguir todos sus consejos.

—Recuerda que yo soy la detective profesional.

—De acuerdo, Holmes. Yo seré tu querido Watson.

—Esto no es un juego —Rachel frunció el ceño.

—No, pero eso no significa que no podamos divertirnos.

Rachel sintió un cosquilleo excitante por el cuerpo.

—¿Qué decías antes de neutralizar un posible escándalo? —le preguntó mientras Matthew llevaba' los platos al fregadero. Luego miró el reloj y se quedó asombrada de que hubiera pasado toda la tarde.

Cuando insistió en que tenía que marcharse, Matthew la persuadió de que lo dejara acompañarla en el coche de ella. Minutos después, mientras le presentaba a Robyn en la puerta de casa, supo que había cometido un error.

Aprovechando una invitación cortés de su hermana, Matthew había terminado entrando en casa y se encontraba, de repente, charlando tan tranquilo con Robyn. Cuando Rachel le recordó por cuarta vez que debía llamar a un taxi para volver a su casa, Robyn se ofreció a realizar la llamada y los dejó a solas.

—¿Sabéis qué? ¡Mis amigos me han hecho una fiesta de despedida en…! —Bethany se paró en seco bajo el dintel de la puerta—. ¡Es él! —exclamó mientras Matthew se ponía de pie con educación.

—¿Perdona? —preguntó este al tiempo que le ofrecía una mano —. Soy Matt Riordan.

—Eres el hombre de la foto —Bethany rio mientras le estrechaba la mano—. El que le estaba besando la mano a Rachel en la fiesta.

—¿Has visto esas fotos? —preguntó Matthew.

—Estaba abriendo el sobre mientras desayunaba —explicó Rachel.

—Solo una… Rachel escondió las otras. ¿Eran terriblemente obscenas o algo así?

—Terriblemente —Matthew sonrió.

—¿Has venido para salir con Rachel? —le preguntó Bethany con curiosidad.

—No, sabía que era tu última noche aquí y supongo que querréis estar juntas… En realidad, he venido a pedirte una cita a ti.

—¿A mí?

—Sé que mañana por la noche te vas con tu madre a Tailandia, así que he pensado que podíais dejarme que os invitara a las tres a comer y luego os acerco al aeropuerto en la limusina de mi padre.

—Matt…

—¿Con chófer y todo? —exclamó Bethany, emocionada.

—Con televisión, vídeo y ordenador en el asiento trasero —le aseguró Matthew.

—¿De verdad? —Matthew asintió con la cabeza—. Sería maravilloso, ¿verdad, Rachel? Algunos amigos vendrán a despedirme. ¿Te imaginas la cara que pondrán cuando me vean en una limusina! ¿Lo sabe mamá? Deja que se lo cuente… Supongo que esto significa que ya no te parece una sabandija machista, hedienta y despreciable, ¿no?— añadió, esbozando una sonrisa malévola, cuando ya salía del salón.

—¿Así que una sabandija? —la provocó Matthew cuando se hubieron quedado solos.

—Me parecía un calificativo adecuado en ese momento —contestó Rachel con firmeza—. Respecto a mañana… no creo…

—Vamos, Rachel, sabes que no vas a desilusionarla. Así os divertiréis las tres, en vez de pasar un mal rato prolongando la despedida —argumentó Matthew—. Es una chica muy guapa.

—Sí, sí que lo es —Rachel estuvo a punto de darle las gracias.

—Es clavadita a tí: tiene tus mismos ojos, la misma forma de cara… y lo más probable es que llegue a ser tan alta como tú —conjeturó Matthew—. De hecho, se parece a ti mucho más que a

Robyn… ¿Rachel? —preguntó al ver la expresión sombría de esta.

Pero ella no contestó. Matthew reparó en unas fotos que había sobre una mesa, bajo la ventana, en las que aparecía Rachel de pequeña, junto a unos padres de gesto sombrío, o, ya mayor, riendo junto a David.

—Bethany es tu hija, ¿verdad? —comprendió él, conmovido. Rachel asintió—. ¿Ella lo sabe?

—¡Claro que lo sabe! —respondió Rachel con fiereza—. Robyn y Simón siempre han sido francos con ella acerca de la adopción. Bethany sabe que ellos no pueden tener hijos y que yo… no podía cuidar del que había concebido.

—Dios, tenías que ser una chiquilla…

—Quince años. La edad que Bethany tiene ahora.

Por suerte, Matthew no le preguntó por el padre, ni las circunstancias de su nacimiento. Simplemente le pasó un dedo sobre los labios en un gesto cariñoso.

—Te felicito por la hija tan estupenda que tienes… y por el valor y la fortaleza que tuviste por traerla al mundo —Matthew retiró el dedo y le dio un delicado y fugaz beso en la boca—. Hasta mañana, mi brava leona.

Capítulo 7

ME VAS a contar qué pasa aquí? —¡Frank! —Rachel se sorprendió al ver a su socio en la puerta de su casa. Desde que David había muerto, el contacto entre ambos se había reducido casi exclusivamente al horario de trabajo—. Pasa… Robyn y Bethany acaban de salir para despedirse de la madre de Simón —añadió después de que Frank entrara hecho una furia.

—¿Desde cuándo sales con Matthew Riordan? Se suponía que estábamos en el mismo equipo, ¿no? Has dejado que lo insulte, hasta me has dado la razón en que era un cerdo asqueroso en más de una ocasión, y ahora resulta que os veis en secreto —rabió Frank —. No puedo creerme que hayas dejado que las cosas lleguen tan lejos sin avisarme. ¡He tenido que enterarme por la prensa! —añadió, colocando bajo las narices de Rachel un periódico.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rachel mientras lo agarraba—. Los fines de semana no compro el periódico.

—¡Me refiero a esto! —Frank apuntó a un artículo de unos pocos párrafos sobre el que aparecía una foto de Matt sonriendo—. ¡Dice que después de un romance vertiginoso habéis anunciado vuestro compromiso!

Aturdida por la vehemencia de Frank, Rachel era incapaz de concentrarse en el texto del artículo.

—No… no sé de dónde han sacado esto —balbuceó.

—Yo sí. Llamé al periódico nada más ver la noticia —contestó Frank— . Se trata de un comunicado del departamento de relaciones públicas de Riordan. El mundo entero sabe que estáis comprometidos. ¿No crees que deberías haberme insinuado algo?

Rachel estaba petrificada. ¿Así pretendía Matthew neutralizar cualquier posible chantaje? ¿Sin avisarla siquiera?

—Pero…

—Por eso aprovechaste la oportunidad de investigarlo, ¿verdad? — prosiguió él—. Para pasar más tiempo con tu amante.

—Yo…

—¿Dónde estabas ayer por la tarde, por cierto? No pude localizarte en el móvil.

Rachel recordó unos carteles de la planta de cardiología en los que se prohibía tener conectados los teléfonos móviles, ya que podían producir interferencias en los sistemas de vigilancia de los pacientes.

—Lo siento. Lo desconecté y olvidé conectarlo luego.

—Estabas con él, ¿verdad? —lo presionó Frank.

—Lo siento, no sabía que fuera a hacer esto —se disculpó Rachel, apuntando hacia el periódico.

—¿Y crees que con sentirlo ya está todo arreglado? ¿Hay algo más que deberías decirme? —preguntó Frank, iracundo—. Crees que puedes tenerlo todo, ¿verdad? Estás viviendo en la casa de Dave y te ves con un tipo que está amenazando con tirar por tierra todo lo que Dave y yo hemos construido. Supongo que el hecho de acostarte con el enemigo no te convierte en la más leal de las socias.

—Esto no tiene nada que ver con David —se defendió Rachel—. Y no me he acostado con Matthew.

—Ya, te estás reservando para la noche de bodas, ¿no? —se mofó él—. Y ahora que te codeas con la alta sociedad, imagino que te gustaría olvidarte de que Dave ha formado parte de tu vida. Él siempre decía que eras tenaz y práctica. Yo lo llamo ser oportunista. Pero espero que sepas que una cosa es ser la prometida de Riordan y otra que vayáis a casaros. El solo se está divirtiendo contigo. Tú no tienes influencias, y los hombres como Riordan siempre se casan para ascender.

Robyn y Bethany llegaron justo cuando Frank se marchaba.

—¿Qué le pasa? —Robyn vio el coche de Frank alejarse—. ¿Qué te ha dicho? —añadió al ver lo pálida que estaba su hermana.

—Nada que no lleve pensando hace tiempo, supongo. Quizá solo ha sido el calor del momento-concedió Rachel—. Siempre supe que no me creía suficientemente buena para David; pero no esperaba que fuera a decírmelo después de tanto tiempo. Creía que habíamos aprendido a respetarnos.

—A mí no me ha gustado nunca —confesó Robyn—. Es incapaz de confiar en los demás. Ni siquiera confió en que David pudiera decidir lo que era mejor para él. Nunca se le ocurrió que su querido hermano era muy afortunado por haber encontrado a una mujer que lo quisiera tanto corno tú… Pero, ¿por qué se ha enfadado ahora?

—Eh… —Rachel ocultó el periódico con la espalda. Por suerte, Bethany apareció y le preguntó cuándo tenía intención de prepararse para la prometida invitación a comer—. Ya estoy lista —protestó Rachel tras revisar su indumentaria.

—¡De eso nada! —replicaron Robyn y Bethany a coro.

Luego la llevaron al dormitorio y examinaron el interior de su armario.

—¡Me acuerdo de este vestido! —dijo Robyn—. Te lo compró David, ¿verdad?

—Ya nadie lleva esos escotes —objetó Rachel.

—¿Estás de broma? He visto un vestido de diseño igualito a este en el Vague del mes pasado-aseguró Bethany.

—Seguro que no me cabe… Siempre me estuvo ajustado.

En todo caso, había perdido peso desde la última vez que se lo había puesto, comprobaron mientras se contemplaban en el espejo.

—Ahora parece que somos nosotras las que no estamos elegantes — bromeó Robyn, al ver lo guapa que estaba su hermana.

Cuando Matthew llegó, Bethany corrió a abrir la puerta.

—¿Has traído la limusina? —le preguntó, ilusionada.

—Por supuesto —Matthew sonrió y siguió a la chica para ayudar a meter el equipaje en el portamaletas. Contempló con admiración el conjunto verde de Robyn, pero se detuvo a deleitarse con el vestido morado de Rachel, sin molestarse en disimular su aprobación. Esa mañana, se había puesto unas gafas rectangulares con reborde plateado. Se las ajustó al ver que estaban mirándolas—. No son nuevas… Tengo muchas en casa —dijo en un tono defensivo que hizo a Rachel sonreír.

—Mira que eres coqueto —comentó esta—. ¿Por qué no usas lentillas?

—Las lentillas no son tan buenas si no necesitas llevarlas todo el tiempo. Y yo apenas tengo miopía. Además, me gustan más las gafas.

—¿Porque te hacen parecer un intelectual, en vez del competidor implacable que eres? —dijo Rachel—. ¿Forman parte de esa imagen de frialdad que te gusta proyectar? ¿Las usas para protegerte de las lobas de alta sociedad, basándote en eso de que las chicas no flirtean con los tipos con gafas?

—¿Es que te parecen sexys? —replicó Matthew—. ¿Compartimos una fantasía secreta en la que tú seduces a cierto tipo con pinta de intelectual? ¿Le quitas las gafas y… ¡au! —se agachó para sujetar la maleta que Rachel le había lanzado contra el estómago.

—A ver si ejercitas algún músculo que no sea la lengua.

Matthew levantó la pesada maleta con una facilidad pasmosa y la llevó hasta el portaequipaje de la limusina. Llevaba unos pantalones crema y una chaqueta sobre una camisa blanca con corbata amarilla, que le daban un aire alegre y elegante al mismo tiempo.

Cuando terminaron de introducir el equipaje, logró intercambiar un par de palabras con él:

—Tengo que hablar contigo —anunció Rachel.

—¿Sobre?

—Sobre cierto compromiso —contestó ella—. Prométeme que no le dirás nada a Robyn.

—Confía en mí —repuso Matthew con una sonrisa deslumbrante —. No diré nada que pueda alarmar a tu hermana —añadió mientras le abría la puerta de la limusina y entraban, para ponerse frente a Robyn y Bethany, a las cuales les había abierto la otra puerta el chófer.

—¿No te alegras de haberte puesto elegante? —le preguntó su hermana cuando hubieron llegado al restaurante—. Te dije que nos llevaría a un sitio fino.

Se trataba de una casa antigua, situada entre jardines y estanques. Matthew se mostró encantador con Bethany y le habló a Robyn de la operación que le iban a hacer a su padre, arreglándoselas para dejar caer que Rachel había conocido tanto a Kevin como a su madre Dorothy en el hospital.

—Deberías vestirte así más a menudo —le dijo él en un momento dado— . Con el cuerpo que tienes, es una lástima que no lo luzcas más. Y ese morado te da un brillo especial.

—Me lo compró David.

—Entonces es evidente que tenía un gusto excelente: para la ropa y para las mujeres —repuso él sin arredrarse, con una diplomacia tan exquisita que hizo a Robyn suspirar.

Durante el transcurso de la comida, Rachel observó la capacidad de Matthew para parecer abierto y sincero, al tiempo que evitaba temas espinosos y mantenía el control de la conversación. Por otra parte, la comida y el champán estaban deliciosos.

Luego, camino del aeropuerto, cuando empezaba a ponerse tensa por lo que se avecinaba, Matthew le agarró una mano.

—Sé que Rachel no te ha hablado mucho de nosotros —le dijo a Robyn—, pero quizá debería decirte… —notó que Rachel le daba un pisotón—… que es posible que recibas noticias nuestras pronto.

—¿Qué clase de noticias?

—Todavía es pronto para hablar —Matthew sonrió—. Tu hermana es una mujer muy testaruda e independiente.

—Sí que lo es. Siempre ha sido muy luchadora —aseguró Robyn.

—Nada más quería que supieras que tiene a alguien a su lado.

—Me alegro… lo necesita. Desde que mamá y papá se fueron a la Costa Dorada… aunque tampoco han sido muy cariñosos nunca —se corrigió Robyn sobre la marcha—. Y Frank es un caso perdido. Tenías que ver cómo se ha ido de casa esta mañana.

—¿Frank Weston ha ido a verte? —Matthew miró a Rachel con desconfianza.

—No sé por qué estaría tan furioso —se adelantó Robyn—. Pero no tenía derecho a molestar a Rachel, hablándole de David. Siempre tuvo celos de lo bien que les iba como pareja. En fin, yo le he dicho que Frank se calmaría un poco si le contaba lo que le está pasando últimamente; pero, claro, Rachel se niega…

—¿A qué te refieres?

—Robyn, no…

Pero esta le habló del acoso que su hermana llevaba sufriendo desde hacía dos meses. Por suerte para Rachel, llegaron a la terminal de salidas internacionales en seguida. Bethany sacó la cabeza por el hueco de la capota y empezó a saludar a sus amigos.

El tedio de los trámites de facturación se vio aligerado cuando un representante de la compañía aérea las informó de que Robyn y Bethany viajarían en primera clase y les entregó unas tarjetas que

daban acceso a una lujosa sala de embarque.

—Matt, ¿tienes algo que ver con todo esto? —le preguntó Robyn.

—Tenemos un volumen de negocio considerable con esta compañía aérea —reconoció él—. ¿De qué sirve tener influencias si no puedes usarlas para hacer un favor a tus amigos?

—¡Primera clase! —exclamó Bethany, emocionada—. Ahora sí que me alegro de no haber venido en vaqueros y camiseta.

Robyn y Bethany estaban tan encantadas, que parecían ansiosas por pasar por la aduana. Así, después de recorrer las tiendas libres de impuestos, Matthew se alejó unos pasos para permitir que las tres mujeres se despidieran en privado.

Rachel aguantó bien hasta el intercambio de abrazos final.

—Es un caballero, Rach —le susurró Robyn mientras la apretaba contra el pecho—. No lo dejes escapar.

Bethany se despidió de sus amigos del instituto, todos con lágrimas en los ojos, y luego acertó a esbozar una débil sonrisa para Rachel.

—Sé feliz —le dijo esta—. Y no dejes que tu madre beba demasiado champán en el avión.

—Tranquila —Bethany se sorbió la nariz y miró tímidamente a Matthew—. Gracias por la limusina y… por todo —cubrió la distancia que los separaba y él le dio un beso en cada mejilla.

—Ha sido un placer —dijo Matthew—. Eres una jovencita encantadora.

—Espero que volvamos a vernos… —susurró Bethany con sinceridad.

—Yo también.

Luego se giró hacia Rachel y se despidió una vez más:

—Adiós…

—Nos vemos.

—Puedes llorar —le dijo Matthew a Rachel cuando las hubieron perdido de vista—. Casi es una obligación en los aeropuertos.

—No voy a llorar —aseguró mientras regresaban a la limusina. Se sentó a una distancia prudencial de Matthew y se quedó en silencio, mirando por la ventanilla, hasta que, al cabo de unos kilómetros, sollozó finalmente—. Gracias, ya tengo yo —añadió cuando Matthew le ofreció un pañuelo. Buceó en el bolso en busca

de unos pañuelos, pero, de pronto, Matthew le agarró las manos.

—¡Maldita sea, usa mi pañuelo! Entonces, de repente, Rachel se abalanzó sobre el pecho de él y rompió a llorar.

—Así, tranquila… —Matthew se desabrochó el cinturón de seguridad para poder abrazarla mejor—. Tienes derecho a llorar.

—Siempre estoy despidiéndome. Todos se van…

—Yo no me voy. Estoy aquí. Y tu hija va a adentrarse en una nueva etapa de su vida, pero seguirá siendo tu hija esté donde esté.

Rachel siguió sollozando y llorando.

—Siempre la he querido… Mis padres no. Preferían olvidarse del bebé. Hasta estuvieron en contra de que Robyn la adoptara. Pero ella quería tener un hijo y sabía que yo no quería perder a Bethany… parecía cosa del destino. Y, luego, nada más nacer, destinaron a Simón seis años a Hong Kong.

—Cariño…

—No, así fue mejor. Habría sido muy desconcertante de otro modo — balbuceó Rachel—. De ese modo, Robyn y Beth pudieron establecer un vínculo firme madre hija, y yo tuve la oportunidad de crecer y madurar. Cuando volvieron a Nueva Zelanda, Beth era como una sobrina para mí. Alguien a quien amaba, pero que formaba parte de la vida de Robyn y Simón, más que de la mía… Nunca me he arrepentido. Beth sabe que yo fui quien la trajo a este mundo… y Robyn es una madre estupenda.

—Y apuesto a que tú también lo serás —dijo Matthew con suavidad, alzándole la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—¡Tengo casi treinta y un años! —señaló Rachel.

—Entonces tendrás que asegurarte de elegir a un hombre más joven, con mucha lujuria y energía —contestó Matthew—. Por suerte, tienes a alguien a mano que cumple los requisitos.

Bajó la boca y acalló los sollozos de Rachel con un beso profundo al tiempo que la apretabacon más fuerza todavía contra el pecho. Las lágrimas se le secaron de repente y la sensación de pérdida se vio reemplazada por una de plenitud.

Cuando se dio cuenta de que la limusina se había detenido, la horrorizó advertir que estaba pegada a Matthew, con los labios hinchados por sus besos.

Miró por la ventanilla y vio que había llegado a casa. Se apartó de él, abrió la puerta de la limusina y salió corriendo hacia la

puerta… momento en que se dio cuenta de que no teñía las llaves.

Se giró y vio a Matthew acercarse con parsimonia y decisión, con el bolso de ella en un brazo.

Se había pasado las manos por el cabello, pero este seguía revuelto, y los ojos le brillaban todavía de pasión.

Le habría gustado darle con la puerta en las narices, pero al abrirla se quedó helada…

Capítulo 8

OCURRE algo? —preguntó él, al notar la expresión de alarma de Rachel. —Alguien ha entrado en casa.

—¿Estás segura?

—Han movido algunas cosas, las puertas no están igual…

—Puede que Robyn y Beth…

—No. Miré la casa antes de salir y tengo una memoria visual excelente —replicó Rachel—. Alguien ha estado revolviendo mis cosas. Lo sé, puedo sentirlo.

En vez de cuestionar su intuición, como habría hecho Frank,-la acompañó mientras inspeccionaba los cajones y los armarios de todas las habitaciones.

—Quien quiera que haya sido, ha sido muy cuidadoso —comentó Matthew—. ¿Echas algo en falta?

—No parece —Rachel se mordió el labio inferior—. No da la impresión de que hayan forzado la puerta ni ninguna ventana.

—¿No tienes alarma? —Matthew frunció el ceño.

—Es una zona bastante segura —Rachel se encogió de hombros —. Además, no tengo muchas cosas de valor: el ordenador, el microondas y el vídeo… pero parece que no los han tocado.

—Entonces no habrá sido un ladrón. ¿Guardas informes de Weston en casa?, ¿algo que pueda interesar a alguien?

—No, Frank es muy estricto con ese tipo de cosas.

—¿Y ese misterioso hombre que te acosa del que hablaba Robyn? ¿Puede ser él?

—No lo creo: el resto de ataques han sido muy precavidos, como si no quisiera arriesgarse a una confrontación cara a cara.

—Entonces, ¿qué puede ser? De pronto, Rachel se quedó blanca. Corrió hacia la silla del ordenador y abrió el maletín.

—¡Las fotos! —exclamó horrorizada—. ¡Han desaparecido!

—Así que puede ser la misma persona que nos está chantajeando — maldijo Matthew.

—¡Pero tú eres el único que sabía que las tenía!

—¿Me estás acusando de haber pagado a alguien para que entre en tu casa mientras te entretenía en el asiento de la limusina? —replicó Matthew—. Sé que todavía no confías en mí del todo; pero te aseguro que no he sido yo… Dado que nuestro compromiso ya ha sido anunciado, puede que haya alguien que tenga prisa por enterarse de qué está pasando de verdad entre nosotros. Y como mi casa sí está vigilada, lo lógico es que busquen aquí.

—Bueno, no había nada más de interés, así que no creo que vuelva —murmuró Rachel. Empezaba a anochecer y pronto tendría que pensar en cenar sola. Aunque no tenía mucho apetito tras la estupenda comida en el restaurante. Quizá tomara un huevo duro frente al televisor…

—Da igual. Por muy segura que sea la zona, no te vas a quedar aquí —anunció Matthew—. Por lo menos, esta noche. Y, a ser posible, hasta que no hayamos cambiado las cerraduras y tengas un sistema de seguridad decente.

—¡No tengo miedo! —contestó Rachel con orgullo.

—Puede que no, pero yo sí lo tengo —confesó él—. Si te pasara algo, me sentina responsable. No estoy dispuesto a dejarte aquí, Rachel. Y si eres sincera, reconocerás que a ti tampoco te apetece quedarte sola esta noche. Te vienes conmigo.

La sinceridad no tuvo mucho que ver con el hecho de dejarse convencer para que Matthew la protegiera, pensó Rachel más tarde, mientras se daba un baño de burbujas en uno de los dormitorios de la planta de arriba. Lo cierto era que anhelaba volver a besarlo… y que lamentaba que Matthew se estuviera comportando como un monje.

Después de enseñarle la casa por fuera y por dentro con la frialdad de un vendedor inmobiliario, Matt la había animado a que se diera un baño en la piscina mientras él preparaba una ensalada de gambas para la cena. La había acompañadocon una botella de vino blanco, había iniciado una conversación banal y, después de dejar los platos en el fregadero, había pretextado que tenía mucho trabajo para marcharse, dejándola sola sobre el sofá, leyendo un

libro prestado.

Y al terminar de trabajar, le había dado las buenas noches y la había dejado en su dormitorio… sola. Salió del baño de burbujas y se secó con una toalla gigante. Luego, estrenó un camisón que Robyn le había regalado esa mañana y se miró al espejo. La prenda cubría e insinuaba al mismo tiempo las cumbres y los valles de su cuerpo.

Respiró profundamente y vio que los pezones se le marcaban sobre el satén. Bajó las manos y se rozó los muslos. Había bebido lo suficiente como para sentirse desinhibida y deseaba con ardor que Matthew la tocara…

No le había dicho cuál era su habitación; pero no por ello se rindió. Empezó a recorrer el laberinto de pasillos del piso superior, descalza sobre la moqueta, iluminada por la luz de la luna que se filtraba por los cristales del techo.

Cuando por fin vio una habitación iluminada, entró sin llamar:

—Dijiste que no quería estar sola esta noche y tenías razón…

Matthew, con el torso desnudo y el cinturón desabrochado, la miró con tanto asombro como ardor. Se levantó de la cama y se acercó a ella.

—¡Maldita sea, Rachel!, ¿qué haces aquí?—murmuró con voz ronca mientras la devoraba con la vista. Aunque no llevaba las gafas puestas, la visión era muy reconfortante—. Si ya hubiera conectado los sensores de movimiento, la casa estaría encendida como un árbol de Navidad.

—Pero no los has conectado. Sabías que podría sentirme sola —insistió Rachel, al tiempo que le acariciaba el pecho seductoramente —. Me dijiste que no podía estar sola esta noche…

—No hagas eso —le ordenó Matthew, agarrándole la muñeca.

—¿Por qué no? —Rachel le rozó una tetilla con la mano libre—. ¿No era esto lo que esperabas cuando me trajiste aquí?

—Por Dios —Matthew le apartó la otra mano—. Pero no ahora, no así…

—¿Así cómo? —Rachel dio un paso al frente, de modo que la parte delantera de sus muslos rozara los de él y sus pechos lo acariciaran. Luego sacó la lengua y le lamió el mentón—. ¿Cuándo?, ¿cuándo querías hacerme el amor? Yo quiero ahora… en la cama, o en el suelo… me da igual… Solo sé que podemos darnos mucho

placer…-ronroneó seductoramente.

—Maldita sea, me prometí que no dejaría que pasara esto —gruñó él mientras Rachel se apretaba más contra su cuerpo—. No debería haberte dejado beber tanto vino; pero pensé que te ayudaría a relajarte…

—Estoy relajada —susurró Rachel mientras alzaba el muslo hasta tocarlo entre las piernas—.Pero no estoy borracha. Sé lo que estoy haciendo…

—Es de noche, tus defensas emocionales están bajas… y echas de menos a Robyn y a Bethany

—se resistió Matthew—. Tú no quieres sexo, sino amor, y en realidad no quieres que yo te ame; solo quieres estar cerca de alguien, quien sea, que pueda llevar tu vacío un rato. No creas que no me tientas, pero no voy a dejar que me utilices como parche emocional… Quiero que confíes en mí, no que me eches en cara haberme aprovechado de tu vulnerabilidad.

—No te estarías aprovechando. ¿Crees que no sé la diferencia entre la seducción y la violencia? Yo lo sé por experiencia —aseguró ella—. Bethany es el fruto de una violación… un chico con el que estaba saliendo. Al principio estaba demasiado asustada y avergonzada para contárselo a nadie, y luego descubrí que estaba embarazada. Resultó que ya había violado a otras chicas, más pequeñas que yo incluso, y hubo un juicio, durante el cual murió. ¡Me alegré! Lo odiaba por lo que me había hecho, y me llevó bastante tiempo aprender a confiar en los hombres otra vez. También me enseñó a ser muy selectiva con aquellos con los que elegía tener relaciones sexuales. Así que, si te he elegido, será que confío en ti…

—¡Dios, Rachel! —Matthew se había quedado pálido—. Jamás imaginé… Lo siento muchísimo-dijo atormentado.

—Tuve a Bethany. Las cosas malas no siempre tienen consecuencias negativas —contestó ella—. Además, ¿qué más da por qué queramos estar juntos? —añadió con impaciencia.

—Importa —aseguró Matthew, conmovido por la sinceridad de Rachel—. No puedo tomarme esto a la ligera… Leigh fue la primera mujer a la que amé.

—Lo sé…

—No, no lo sabes. Nadie sabe cómo fue mi relación con Leigh -

Matthew se apartó y empezó a dar vueltas por el dormitorio—. Yo era muy tímido con las chicas cuando era adolescente, pero ella vivía en mi misma calle y siempre me saludaba con amabilidad. Me enamoré de ella perdidamente, pero un día le presenté a mi primo y Leigh se enamoró de él.

—¿De Neville? —preguntó Rachel, la cual empezaba a comprender la tensa relación entre ambos hombres.

—Aun sabiendo que se estaban acostando, seguía loco por ella. Le fui fiel, con la esperanza de que un día se diera cuenta de que era a mí a quien en realidad quería. Neville no tenía buena fama con las mujeres y cada vez que discutían, Leigh venía a llorar sobre mi hombro y yo le suplicaba que lo dejara y se casara conmigo…

—Y un día dijo sí —adivinó Rachel.

—Sí, se casó conmigo… en un arrebato de desesperación y embarazada de Neville —Matthew se mesó el cabello—. Leigh era enfermera… después de un accidente con una jeringuilla, dio positivo en una prueba del SIDA. Neville no lo soportó y la abandonó. Cuando le dijo que estaba embarazada, le pidió que abortase. Así que Leigh aceptó mi oferta. Fui tan tonto que me creí su salvador, pero ella siguió queriendo a Neville y nunca pudimos construir una nueva vida entre nosotros… Un día abortó sin contar conmigo y decidió que no se merecía que yo la amara. No desarrolló la enfermedad, pero estaba convencida de que me infectaría y de que no tenía derecho a ser feliz. Y empezó a tomar tranquilizantes. ¿Sabes lo que escribió en su nota de despedida? Que, a veces, vivir era un acto de valentía y ella había perdido todo su valor…

—Matt… —Rachel no pudo encontrar las palabras adecuadas para aliviar el dolor de Matthew.

—Yo solo fui un recambio para Leigh, un mal parche —prosiguió este— . Ella no disfrutaba entre mis brazos. Apenas me dejaba tocarla, mucho menos hacer el amor… por más precauciones que yo quisiera tomar.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que nunca llegamos a consumar el matrimonio —completó él.

—Entiendo… —susurró Rachel, estupefacta.

—No creo que lo hagas… El caso es que, por amor, fidelidad o

sentimiento de culpabilidad, me he mantenido célibe.

—¿Qué… qué quieres decir exactamente? —Rachel no salía de su asombro.

—¿Exactamente? Que lejos de ser el amante experto que pueda parecer, mi experiencia sexual se reduce a un par de besos. Nunca me he acostado con nadie.

¿Virgen? Ese hombre tan sexy con el que había tenido las fantasías más eróticas de su vida, ¿seguía siendo virgen? Rachel se ruborizó, los pezones se le endurecieron y notó un calor húmedo entre las piernas.

—¿No debería ser yo el que se ruborizara?—preguntó Matthew, cuyas mejillas, de hecho, se habían encarnado.

—No… no tenía ni idea…

—Procuro no publicar esta clase de detalles-contestó él con sequedad—. La virginidad no suele ser algo admirable en un hombre maduro. Mis enemigos tendrían mucha munición para burlarse de mí… Rachel, verte con este camisón tan sexy me excita. No sabes cómo quiero hacerte el amor. Pero quería que supieras por qué es tan importante para mí que no te quepa ninguna duda sobre lo que sientes. Necesitas saber de qué estas hablando cuando me invitas a tu cama. No quiero que mi primera vez sea una aventura de una noche sin importancia. Por una vez en mi vida, quiero que la mujer a la que deseo venga a mí libremente… con alegría, no apenada.

Rachel se mordió el labio inferior, desgarrada por las emociones tan profundas que estaba sintiendo y la pasión que la impulsaba a conseguir lo que deseaba sin esperar más… y a arrepentirse después.

—Por supuesto, espero que cuando acabemos acostándonos, sea algo espectacular —prosiguió Matthew mientras le ponía las manos en las caderas y la giraba en dirección a la puerta—. Así que recuérdame que no conecte los sensores de movimiento. De lo contrario, cuando estemos seguros de que ha llegado nuestro momento, tendremos una patrulla entera de policía molestando en el dormitorio.

Capítulo 9

RACHEL no tuvo oportunidad de sentirse incómoda al despertar tras la confesión que Matthew le había hecho la noche anterior.

Había dormido profundamente y solo había abierto los ojos después de que él le diera un beso de buenos días y le llevara el desayuno a la cama. Rachel se incorporó, miró las tostadas, los huevos fritos con bacon y el zumo de naranja. No recordaba que le hubieran ofrecido un desayuno tan suculento en la cama jamás.

—No puedo comerme todo esto —protestó mientras se cubría los pechos con la sábana.

—Yo te ayudo —dijo Matthew, sonriente.

—¿Lo has preparado tú? —preguntó Rachel mientras se fijaba en lo sexy que le quedaba esa combinación de vaqueros azules y camisa blanca.

—Ha sido Sara… la asistenta —explicó él—. Yo ya he desayunado, aunque se me ha abierto el apetito otra vez… Venga, come. Tenemos un día muy ajetreado por delante.

—¿Sí?

—Bueno, un comunicado de prensa no basta para hacer creíble un compromiso. Si queremos convencer a la gente de que somos una pareja de verdad, tenemos que comportarnos como una pareja de verdad.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Rachel, recelosa.

Lo descubrió durante los siguientes días, durante los cuales dedicó todo su tiempo libre a consolidar la idea del vertiginoso romance.

El domingo fueron al hospital, donde Rachel tuvo que soportar las buenas intenciones de Do-rothy, que regañó a su hijo por no haberle comprado un anillo de pedida a la prometida.

—No lograba decidirse por ninguno —mintió Matthew, sonriente—. Es una mujer difícil de satisfacer.

—No es verdad, señora Riordan —se defendió Rachel con vigor —. Matt ni siquiera se ha molestado en pedirme que me case con él. Lo ha anunciado sin más.

—¿De veras? —preguntó Dorothy, con aire divertido—. ¡Qué casualidad! Su padre hizo lo mismo cuando me conoció. Yo tampoco reaccioné bien al principio. Pero ya te dije que Matt puede ser desesperantemente dominante.

—Un poco autoritario, nada más —matizó él.

—Todavía no se lo he comentado a papá, Matt… ya sabes cómo está —lo advirtió Dorothy cuando iban a entrar a verlo—. Creo que es mejor que esperemos a que lo hayan operado mañana. Todavía sigue obsesionado con esa locura sobre… tú y ya sabes quién —le susurró a su hijo.

—Tranquila, mamá. Rachel ya sabe que estuve con Cheryl Ann. Y te aseguro que puede hacer frente a papá si la somete a un interrogatorio

—Matthew sonrió—. Tiene el corazón de una leona, la fuerza de una amazona, la compasión de un ángel… todo envuelto en el cuerpo más fabuloso que jamás he visto.

—Te has pasado —murmuró Rachel más adelante—. Tu madre lo pasará mal cuando se entere de que todo esto es una farsa.

—¿Por qué iba a enterarse? Se llevará una decepción si no acabamos casándonos, pero sé que preferirá que rompamos a que me case y vuelva a sentirme desgraciado —contestó él—. No quiero preocuparla con mis cosas. Ya está asustada con la enfermedad de papá. Al menos he descubierto que mi padre no llegó a mirar el correo personal el día que le dio el infarto. Con suerte, nuestro compromiso convencerá al chantajista de que está perdiendo el tiempo.

A tal fin, su siguiente visita fue a una joyería, en la que Matthew le pidió al vendedor un anillo grande y vistoso.

—¿Te parece ésa forma de elegir un anillo?—preguntó Rachel tras salir de la tienda con un gran peso sobre el dedo.

—¿Qué pasa? Basta mirarte para darse cuenta de cuánta belleza hay en la opulencia —contestóMatthew, el cual, para acallar la protesta de ella, le dio un beso profundo al que Rachel respondió

con avidez… por aquello de interpretar el papel de una mujer enamorada, por supuesto—. A mí me gusta, es diferente. Esa piedra le da un toque bárbaro, como de ruda magnificencia —añadió mientras caminaban hacia el Porsche.

Rachel pensó en las excéntricas obras de arte que había en casa de Matthew, miró el anillo y comprendió que Riordan lo había elegido porque pensaba que iba con ella.

—Supongo —admitió Rachel. El anillo fue alabado por todos y hasta Frank le pidió disculpas:

—Perdona por lo del sábado —le dijo después de verla el lunes en Weston. Luego, para justificar su comportamiento, alegó que estaba soportando mucha presión en el trabajo y añadió que esperaba que pudieran seguir colaborando.

A fin de distraerlo, para que no sospechara de su relación con Matthew, Rachel fingió seguir confiando en él y le contó lo del misterioso allanamiento a su casa.

—¿Llamaste a la policía? —le preguntó Frank.

—No tenía sentido. No se llevaron nada —Rachel se encogió de hombros. Luego, le contó lo de las cartas que había ido recibiendo, en las que la amenazaban con denunciarla por no tener dada de alta una supuesta empresa y no declarar sus beneficios—. Aunque no creo que esté relacionado…

—¿Por qué no me dejas que investigue? —se ofreció Frank con una amabilidad sorprendente—. Es lo menos que puedo hacer después de lo del otro día. Podría tener que ver con algún caso de la empresa… Por cierto, he tenido que echar a Max Armstrong —añadió cuando ya se iba hacia su despacho.

—¿El nuevo? —preguntó Rachel—. ¿Lo has despedido? Creía que te gustaba cómo trabajaba.

—Pero su actitud no me convencía. He tenido tacto: le he explicado que andábamos cortos de presupuesto y teníamos que reestructurar la plantilla.

Rachel lo miró mientras se alejaba con cierta inquietud. Frank nunca se disculpaba, rara vez daba explicaciones… ¡y acababa de hacer las dos cosas!

Recordó haberle oído a Matthew que un amigo dudoso era peor que un enemigo declarado. Rachel nunca se había sentido segura de la amistad de Frank, lo cual aumentó su inquietud. ¿Por qué se

mostraba tan amable de repente? ¿Esperaba que su relación con Matt beneficiase a Weston?

Seguía intranquila por esa posibilidad cuando Matthew la llamó para que cenara con él y con su madre e invitarla a pasar la noche en su casa, la de la ciudad en esa ocasión.

—¡Pero no pienso acostarme contigo! —afirmó Rachel, sin tener muy claro a quién de los dos estaba castigando más.

Porque el hecho de contener sus instintos más básicos y no acostarse con el hombre de sus sueños y fantasías eróticas la hacía enfrentarse a un hombre de carne y hueso, hacia el que estaba desarrollando unos sentimientos muy profundos.

Aparte del miedo a abrirse, Rachel se sentía intimidada por la carga que había depositado Matthew en ella: saber que cuando hicieran el amor, lo estaría iniciando en uno de los mayores placeres de la vida.

¿Y si lo decepcionaba? Rachel había disfrutado de su vida sexual con David, pero no había sido nada espectacular y, por lo general, había sido él quien había tomado la iniciativa.

Ni siquiera cuando se despidió de él, de vuelta ya en casa, se sintió a gusto. En apenas un par de semanas, Matthew había invadido su vida por completo. Al menos, trató de consolarse, entre el despacho, el gimnasio y las citas con él, no le quedaba tiempo para echar de menos a Robyn y Bethany.

Por otra parte, Kevin Riordan había superado con éxito la operación y no tardarían muchos días en darle el alta. Rachel estaba convencida de que era un hombre sagaz y de que se daría cuenta de aquella farsa. Y si le preguntaba sin rodeos si estaba enamorada de su hijo, quizá la mentira que debía decir coincidiera con la verdad que trataba de negarse.

Tres días después de la operación, mientras esperaba en el hospital a que Matthew terminase la visita a su padre, la sorprendió una voz conocida:

—Creo que debo felicitarte…

—¡Neville! —exclamó Rachel—. No sabía que hubieras vuelto.

—Ya ves que sí —Neville clavó los ojos en el anillo de pedida—. Así que es verdad. No pensé que Matthew fuera a casarse otra vez, con lo apenado que sigue por lo de Leigh…

Rachel no se dio cuenta de que su expresión hubiera cambiado,

pero el rostro cordial de Neville se transformó en una mueca.

—Vaya, veo que te ha contado la trágica historia de su esposa. Supongo que no mencionó que mi madre murió de Parkinson, ¿verdad? Una enfermedad larga y degenerativa que convirtió a mi padre en un viejo amargado que se emborrachó hasta matarse. Pasé un infierno hasta comprobar que no tenía el gen del Parkinson. Quería a Leigh, pero conozco mis limitaciones. No aguanto a los enfermos —dijo Neville, mirando con aprensión alrededor—. Yo no la habría sido de mucha ayuda si se hubiera puesto enferma. Y, al fin y al cabo, Matthew siempre quiso hacer el papel de caballero al rescate de una damisela. Todavía me echa la culpa; pero, ¿cómo iba yo a saber que Leigh sería tan inestable?

—Creo que no deberíamos hablar de esto…

—¿No tienes curiosidad por oír la otra parte de la historia?

—Estoy segura de que Matt me dirá todo lo que quiera saber.

—¿Sí? Te contará todo lo que puedas averiguar por otro medios. Después de todo, sabe que eres detective; pero, ¿qué pasa con los secretos que no aparecen en los informes públicos?

—No creo que sea el sitio… —insistió ella.

—Es verdad —Neville sonrió—. ¿Qué te parece si te invito a cenar alguna noche?

Rachel no podía creerse la desfachatez de aquel tipo.

—No… Yo… Matt…

—¿A comer entonces? Seguro que no podrás oponerte a eso.

—¿Oponerme a qué? —preguntó de pronto Matt.

—Rachel y yo estábamos hablando de quedar para comer juntos. Espero que hayas recibido mis faxes… Gracias por guardarme el sitio caliente. ¿Qué tal está tu padre?

—Está descansando —repuso Matt con sequedad.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera puedo entrar a verlo? —lo desafió Neville.

—En absoluto —Matthew lo miró a los ojos—. Pasa si quieres. Pero recuerda que todavía no sabe lo de Rachel y yo…

—¿De veras? ¡Qué interesante! Más secretos de familia —repuso Neville, sonriente, mirando de reojo hacia Rachel.

—¿Te ha invitado a comer? —le preguntó luego Matthew—. ¿Has aceptado?

—¿Tú qué crees?

—Creo que estoy celoso —reconoció él tras un tenso silencio.

—¿Por mí o por lo que pasó con Leigh? —lo retó Rachel.

—Por ti —aseguró Matthew—. Aunque estoy seguro de que tú no eres como ella.

Y, sin embargo, era de Leigh de quien se había enamorado perdidamente…

—Tienes que vigilar a Neville —dijo Rachel para cambiar de tema—. Me parece que no le importaría nada meterte en un lío. ¿Has pensado que podría ser él quien…?

—No lo he descartado —se adelantó Matthew—, aunque no es su estilo. Si esas fotos cayeran en sus manos, supongo que no desaprovecharía la oportunidad; pero le parecería muy ruin ingeniar algo así. Y no creo que sea capaz de seguir acosando a mi padre después del ataque al corazón. Le tiene cariño de verdad… y siendo él quien más se beneficiaría de su muerte, lo pondría bajo sospecha. Además, recuerda que lleva dos semanas y media en Japón.

En tal caso… quizá tuviera un cómplice. No debía desechar esa posibilidad, pensó Rachel mientras salían del hospital.

Al día siguiente, Matthew fue a buscarla al gimnasio cuando aún no había terminado de dar la última clase. A juzgar por su expresión, verla con un pantaloncito corto y un top ajustado le resultaba más que fascinante.

—Me he agotado solo de verte —murmuró mientras le acercaba una toalla al terminar la clase—. Has sido muy dura con esa pobre — añadió, apuntando a una mujer que iba ya hacia los vestuarios.

—Esa pobre, como tú la llamas, es una de las más grandes deportistas de gimnasia aeróbica del país y me paga para no relajarse.

—¿Trabajas todo el día y luego haces esto?—preguntó él—. No me extraña que algunas noches te caigas de sueño después de cenar.

—Bueno, no podrás decir que no estoy en forma-contestó Rachel, que no sabía si sentirse halagada o insultada, mientras se ponía la toalla sobre un hombro. Esperaba que Matthew no hubiera notado que los pezones empezaban a transparentársele debido al sudor—. Perdona, voy a ducharme —añadió.

—¿Por qué trabajas tanto? —insistió Matthew más tarde, mientras ella devoraba un pastel de chocolate, para recuperar parte

de las calorías que había quemado—. No parece que Frank tenga problemas para llegar a fin de mes, así que tú tampoco tendrías que necesitar más de un trabajo para sobrevivir.

—No lo necesitaría, si tú accedieras a que mi empresa colabore con Industrias KR —contestó Rachel—. ¿Qué me dices?

—Solo si te acuestas conmigo antes —bromeó él.

—¡De acuerdo! ¡Adelante!

—¿De acuerdo? —repitió Matthew, desconcertado—. ¿Cómo que de acuerdo?

—Que acepto tu oferta. Trato hecho.

—Sabes que yo no tengo poder para eso —reaccionó él—. Es cosa de Neville.

—¿Y si acepto lo de acostarme contigo de todos modos? —coqueteó Rachel.

—¿Hablas en serio?

Rachel vaciló y, finalmente, asintió con la cabeza.

—¡Vaya! —Matthew suspiró, frustrado—. No puede ser… Mañana por la mañana me voy a Sidney.

Rachel sintió que el corazón se le caía a los pies.

—Solo será un par de días —se apresuró a añadir, y el corazón volvió a latirle—. Ya he retrasado esta reunión dos veces en las últimas semanas y ahora que papá está fuera de peligro, no puedo posponerlo más. Pero volveré para tu cumpleaños. Estoy deseando continuar esta discusión cuando vuelva…

¿Discusión?, ¿qué quedaba por hablar? Rachel deseó que la agarrara y la llevara a su habitación en ese preciso instante, pero saber que al día siguiente Matthew se marcharía antes del amanecer puso freno a sus deseos. Ella también quería que esa primera vez fuese especial, sin interrupciones ni distracciones de ningún tipo.

Los siguientes tres días fueron tal como había imaginado: aburridos y monótonos. Extrañó a Matt más de lo que había creído posible y, a fin de cubrir su vacío, hizo horas extra en Weston, investigó a Neville, aunque sin hallar nada sustancioso, y repasó algunos informes antiguos.

Matt la llamó las tres noches, pero las conversaciones no la colmaban. Rachel tenía que esforzarse por no comunicarle sus recién descubiertos sentimientos. Quería verlo, tocarlo, mirarlo a los ojos antes de entregarle del todo su corazón.

El día de su cumpleaños, recibió una tarjeta de felicitación de sus padres, así como varios mensajes electrónicos y una falda de seda tailandesa de Róbyn y Bethany. Y, en la oficina, le compraron una tarta y le entregaron un tarjetón firmado por muchos compañeros.

No teniendo que ir al gimnasio, había pensado en vaguear mientras esperaba la llegada de Matthew, secretamente dolida por que este había rechazado su ofrecimiento de acercarse al aeropuerto a recogerlo. Pero, cuando ya estaba saliendo de Weston, su secretaria entró en su despacho y le anunció que el conductor de una limusina lo estaba esperando.

Pensó que sería un chófer de Weston, de modo que se quedó maravillada cuando el caballero le entregó un ramo de flores junto a una nota escrita con tinta verde: Ve con Kale. Él sabe qué hacer. Feliz Cumpleaños.

El chófer, en cambio, aseguró no saber nada mientras la acompañaba al coche y le daba una copa de champán para el misterioso viaje; pero Rachel no tardó en descubrir que se dirigían al centro de belleza más distinguido de Auckland, donde la bañaron en barro, la envolvieron con toallas, la secaron, le depilaron las cejas, le dieron masajes con aceites, le hicieron una máscara facial, manicura, pedicura… como si fuera una chica de un harén, pensó sonriente.

Salió pictórica de vitalidad y llena de una sensación de bienestar que aumentó cuando Kale le comunicó que tenía instrucciones de llevarla a casa a cambiarse y luego a la casa de campo de Matt, para cenar.

La cara de Matt al abrir la puerta y verla radiante y con los ojos encendidos le confirmó que había tomado la decisión adecuada: ¡no quería dejar escapar a ese hombre!

—Feliz cumpleaños. Estás más guapa todavía de lo que recordaba —la saludó, deleitándose con la mirada.

—Gracias a Robyn… que me ha regalado esto —dijo ella, nerviosa, tocándose la falda de seda. Matthew llevaba camisa y vaqueros negros, y tenía el pelo húmedo de una ducha reciente—. Y gracias a ti. Ha sido un regalo maravilloso. Nunca había estado en un centro así. Ha sido una experiencia totalmente nueva…

—Me alegro. Quiero ofrecerte montones de experiencias nuevas

— murmuró Matthew, justo antes de rodearla por la cintura y besarla.

Luego, mientras lo seguía a la habitación con vistas a la piscina, notó que Matthew movía un hombro con disimulo y ponía cara de dolor.

—¿Qué te pasa en el brazo?

—El taxista tuvo un pequeño accidente camino del aeropuerto de Sidney.

—¡Dios mío!, ¿te has hecho daño? —preguntó Rachel, alarmada.

—Solo me he dado un poco en el hombro contra el cinturón de seguridad. De hecho, creo que la rigidez se debe más a la tensión acumulada de haber usado el portátil estos últimos días.

—¿Por qué no me dejas que te dé un masaje?

—¿Me estás ofreciendo aliviar mi dolor?

—Si estás tenso, es la manera perfecta de relajar tus músculos —contestó ella con coquetería—. Te lo digo yo, que acabo de recibir uno. Aunque, claro, eso significa arriesgarse a ponerte en mis manos…

Matthew la miró a los labios y a los pechos.

—La… la cena está casi lista —dijo a su pesar.

—¿No puede esperar?

—Sí… toda la noche si es necesario.

—Podría ser… si estás muy tenso.

—Estoy seguro de que mi caso exige muchas atenciones —murmuró él con voz ronca—. ¿Dónde quieres hacerlo?, ¿en el sofá?

—Demasiado suave y poco espacio para estirarse… La cama de tu habitación parecía bastante firme.

—Sí que lo es —Matthew tragó saliva.

—Entonces… ¿vamos? —preguntó Rachel, sonriente.

—Espera un segundo —Matthew agarró la cubitera de hielo con la botella de champán y dos copas—. Por si nos entra sed.

Rachel le agarró la mano, subió las escaleras y entró en el dormitorio.

—¿Y ahora qué? —preguntó él mientras dejaba la cubitera junto a la cama y se quitaba las gafas.

—Ahora te quitas la camisa… o mejor, te quitas toda la ropa. Así será más cómodo —respondió Rachel mientras Matthew encendía una lámpara—. ¿Tienes alguna loción?

—Echaré un vistazo.

Matthew fue a buscar al baño y, tras unos segundos de silencio, salió casi desnudo, cubierto solo por una toalla alrededor de la cintura. Se quedó quieto para que Rachel lo contemplara a gusto y luego se acercó a ella y le entregó un frasquito de crema hidratante y algo más.

—Quizá te haga falta esto también —comentó él, al tiempo que le daba un paquete de preservativos.

—Sí… probablemente —Rachel se ruborizó.

—Has sido tú la que ha empezado este juego —murmuró Matthew—. Quizá no seas tan descarada como quieres hacerme pensar.

Rachel se acercó a la cama, dejó los preservativos frente a la cubitera de hielo y retiró de un tirón las sábanas:

—Túmbate boca abajo, por favor.

—La última vez que me ofreciste darme un masaje acabé atado a la cama —comentó Matthew con picardía.

—Túmbate, por favor —insistió ella con firmeza. Luego, cuando Matthew hubo obedecido, colocó una almohada bajo sus hombros.

—¿Qué haces? —preguntó este al ver que Rachel se quitaba la falda.

—No quiero mancharmela con la crema hidratante —dijo mientras la doblaba y la colocaba sobre el escritorio.

—Eres perversa…

—En absoluto —contestó Rachel mientras se ajustaba el liguero a las medias.

—¿Y el top? —sugirió él—. ¿No querrás manchártelo?

—Creo que me lo dejaré puesto… de momento —repuso ella, al tiempo que se echaba un chorro de crema en las manos.

Le pidió que extendiera los brazos en forma de cruz, se colocó sobre él y puso las manos sobre su nuca. No le costó localizar el músculo que tenía cargado, y empezó a masajearlo lentamente, produciéndole una mezcla de placer y dolor irresistible.

—¡Qué bien! —murmuró Matthew.

—Todavía no he empezado —aseguró ella mientras descendía por la espalda.

Fue bajando hasta quitarle la toalla. Luego le clavó los dedos con fuerza en los músculos de los glúteos mientras se daba un festín

con el cuerpo de Matthew, el cual gruñía de placer sin disimulo.

—Rachel, ¿qué me estás haciendo? —preguntó él cuando esta deslizó un dedo entre sus glúteos de un modo nada profesional.

—Calla —murmuró Rachel, la cual colocó el canto de una mano sobre el torso de Matthew—. Tienes esta zona muy tensa… A ver qué puedo hacer.

—Te aseguro que lo estás empeorando —protestó él mientras Rachel empujaba con la mano—. Como sigas así, voy a explotar… Estoy seguro de que eso no viene en ningún manual —dijo después de notar que Rachel le daba un beso en la espalda.

—Viene en mi manual —contestó ella—. Me encanta mi manual… Date la vuelta —le susurró al oído.

—Espero que estés preparada para las consecuencias —advirtió mientras se giraba hasta estar boca arriba.

—Sí… —Rachel sintió un fogonazo entre las piernas al ver la viril majestuosidad de Matthew.

—Entonces sigue —la instó este—. Me encanta sentir tus manos sobre mí… tu boca… tu cuerpo… todo lo tuyo. Quiero todo lo que tengas para darme.

Rachel se tumbó sobre él, le besó las tetillas del torso y se frotó contra la erección de Matthew. Cerró los ojos, rebosante de amor y deseo, sin importarle interrumpir el masaje. Lo deseaba, lo amaba, nq quería esperar más…

—¿No va siendo hora de que te quites el top? —le preguntó él.

—Eso te toca a tí…

—Me tiemblan las manos…

—Y a mí —dijo mientras lo ayudaba a desabotonarlo.

—No puedes estar más nerviosa que yo —Matthew le quitó el top y se quedó extasiado—. Creo que me he muerto y he ido al cielo. ¿Qué es esta maravilla?

—¿Te gusta? —preguntó Rachel con coquetería mientras Matthew luchaba por quitarle el sujetador, a juego con el resto de la lencería.

—Es precioso… tú eres preciosa… —murmuró él—. No hay otra mujer como tú —añadió con voz ronca cuando la hubo descubierto, justo antes de hundir la cabeza entre la opulencia de sus senos.

Rachel le rodeó la cabeza y la guió hacia uno y otro pezón, los cuales chupó Matthew con voracidad, embriagado por el sabor tan

femenino de su piel.

—¡Qué bocado más delicioso! —murmuró mientras le mordisqueaba uno de los pezones.

—Matt…

—¿Qué… te hago daño?

—No, oh, no…

—Bien… —Matthew volvió a rodearle el pezón con la boca y lo lamió—. Porque no creo que pueda parar… Dios, estás muy húmeda e hinchada —se sorprendió al palparla entre las piernas. Introdujo un dedo para torturarla con ingenua curiosidad y Rachel se contorsionó para liberarse de la única barrera de separaba su ardiente feminidad de la palpitante erección de Matthew.

Él la hizo rodar hasta acabar encima de ella, con el pecho aplastado contra sus senos. Se acomodó entre sus muslos y disfrutó del tacto de las medias.

Rachel agarró el paquete de preservativos, pero él no permitió que se lo pusiera, alegando, con voz ronca, que si dejaba que lo tocara de ese modo, todo se acabaría de inmediato.

La espera intensificó el deseo. Rachel buscó la boca de Matthew nuevamente, el cual se aventuró a rozar los pliegues más íntimos de ella.

—¿Te hago daño?

Rachel notó una tensión deliciosa, pero nada de dolor. Negó con la cabeza.

—Ahora… enséñame… guíame… —le pidió Matthew, mirándola a los ojos, al tiempo que le agarraba una mano y la conducía hacia su virilidad—. Quiero sentir todo lo que tú sientes. Quiero que estemos juntos todo el camino… —añadió, introduciéndose ya en Rachel.

Apretó los dientes y se esforzó por contenerse, hasta que ella lo rodeó con ambas piernas y lo invitó a que arremetiera con fuerza, para que se fundieran en un único ser.

Y, haciendo honor a las expectativas de Matthew, ¡el resultado fue realmente fantástico!

Capítulo 10

DESPERTAR junto al hombre al que amaba fue un placer exquisito. Había pensado que Matt se habría saciado durante la noche y que se sentiría agotado después de tanta actividad.

Pero se había equivocado. Cuando abrió los ojos, Matthew ya estaba despierto, recostado de lado, con la cabeza apoyada sobre una mano, mirándola con curiosidad y alegría.

—Eres insaciable —dijo Rachel al ver que los ojos de Matthew se dirigían hacia su voluptuoso pubis.

—Pero solo por tu culpa —contestó él, sonriente.

—Es de mala educación mirar a la gente mientras duerme —murmuró Rachel, complacida por la admiración de Matthew.

—No tengo puestas las gafas. No veo nada —mintió este con descaro, al tiempo que le acariciaba un pecho—. No te mueves nada mientras duermes… como si estuvieras totalmente en paz.

—La cual querías perturbar —lo provocó ella.

—Lo que es justo es justo: tú me estabas perturbando a mí, ahí tumbada —inclinó la cabeza y le rozó los labios—. Me he despertado deseándote, imaginando que seguíamos haciendo el amor y que tu maravillosa boca seguía haciendo esas cosas que me hacían gritar hasta quedarme ronco.

—¡Matt!

—¿Qué pasa?, ¿no te gusta hablar de ello? Anoche hablabas mucho: ahí no, ahí… Hazlo así, Matt…

—No es verdad —Rachel sonrió—. No parecía que necesitases muchas instrucciones.

—Solo respondía a un instinto básico y primitivo… Está claro que tengo talento natural para complacerte.

—Y conseguir placer —señaló ella, girándose de modo que sus

pechos estuvieran al alcance de Matthew.

—Ah, no, eso es cosa tuya —repuso este. Luego sopló sobre sus suaves y rosados pezones—. Haces el amor igual que el resto de las cosas: con fuerza, valentía y espíritu.

—¿Quieres decir así? —Rachel se tumbó encima de él.

Forcejearon unos segundos, hasta acabar Matthew encima, con ella boca abajo.

—Me has dejado engañar, tramposa —dijo este después de que Rachel elevara el trasero—. ¿Quieres que te penetre así?, ¿es eso? —murmuró mientras le acariciaba la curvatura de la espalda.

Le clavó los dientes en un hombro y estiró un brazo para agarrar un preservativo. Luego, le agarró los pechos con una mano y bajó la otra por su ombligo, al tiempo que la poseía por detrás gloriosamente.

—Creí que no te gustaría que te dominaran de ese modo —comentó Matthew cuando hubieron terminado, al tiempo que le daba un beso en la frente.

—¿Lo dices por la violación?

—Sé que no podrás olvidarlo ni perdonarlo nunca.

—Ya, pero el tiempo lo cura todo. He aprendido que protegerse no es lo mismo que esconderse y negarse a vivir.

Luego, amparada en el calor de su abrazo, le contó el espanto de la violación, la amarga reacción de sus padres, el dolor y el gozo de haber concebido a una niña no deseada.

—Pero el pasado, pasado está —concluyó—. Lo que importa es lo que somos ahora —añadió. Prefería no mencionar el futuro, pues todavía era demasiado frágil.

—¿Y qué somos? —preguntó él, sonriente. Paso a paso, pensó Rachel.

—¡Amantes, por supuesto! —ronroneó—. Pero creo que es hora de levantarse —añadió después de que sonara el despertador.

—Llevo levantado toda la noche. Matthew la agarró y la condujo a la ducha, donde se demoraron otra media hora.

—¿Sabes? —arrancó Matthew mientras desayunaban—. Viéndote en el gimnasio, se me ocurrió que podíamos incluir algún programa de tonificación corporal en mi empresa. Tenemos un gimnasio muy bien equipado, pero nos falta una monitora con experiencia. ¿Qué te parece?, ¿te interesa el puesto?

—¿A mí? Ya tengo demasiados trabajos, ¿recuerdas?

—De hecho, sé que a muchas compañías les interesaría patrocinar programas similares para sus empleados —prosiguió Matthew.

—Me gusta mi trabajo en Weston —replicó ella—. ¿Por qué, si no, me iba a haber esforzado por conocer el negocio, trabajando por nada, para salvar el sueño de David?

—¿De David?, ¿no es tu sueño?

—Al principio no, pero ahora… bueno, me ha abierto otras puertas. Es un trabajo emocionante, siempre propone nuevos retos.

—Si estás segura…

—Eres corno Frank —Rachel dio un sorbo de café—. Siempre cree que no me tomo el trabajo lo suficientemente en serio. Cada vez que discutimos, acaba ofreciéndose a comprarme mis acciones.

—Es una oferta generosa. ¿Nunca te has sentido tentada de aceptarla?

—No, y supongo que a estas alturas ya habrá asumido que no soy de las que abandona. ¿No me estarás proponiendo lo del gimnasio porque piensas que un magnate no puede tener una novia…

—Prometida.

—… que trabaja de detective o agente de seguridad? Si te avergüenza lo que hago…

—En absoluto. No seas tonta, cariño —Matthew se levantó y le dio un beso en la boca—. Solo era una idea, nada más. Yo solo quiero que seas feliz.

—Y ahora me dirás que no quieres que me preocupe por nada —se burló ella. Y, de pronto, se echaron a refr a la vez.

Pero la idea de que Matthew solo quisiera que fuese feliz siguió dando vueltas en su cabeza los siguientes días, a medida que se enamoraba más y más de ese hombre, que había encendido tanta pasión en su vida.

La intensidad emocional de aquella aventura era tal, que a veces creía que los sentimientos de Matt eran tan profundos como los de ella. Hablaban durante horas sobre casi cualquier tema y hacían el amor con ardor; pero, en algunas ocasiones, intuía cierta reserva por parte de Matt, una barrera que temía romper por miedo a lo que pudiera descubrir detrás.

Pensó que quizá se debiera a su padre, el cual se había enfurecido al enterarse de que Matthew se había prometido con una mujer que no formaba parte de la lista de candidatas que él le tenía preparada. Había soportado el primer encuentro con Kevin Riordan haciendo gala de un sentido del humor con el que se había ganado su respeto.

Más adelante, cuando le había preguntado a Matthew si debía mantenerse alejada de su familia, este había sido tajante:

—Mi vida amorosa no es asunto suyo. Tampoco estuvieron de acuerdo cuando me casé con Leigh…

Rachel señaló que no era tan extraño, ya que, seguramente, sabrían que la turbulenta relación de Neville y Leigh apenas habría acabado cuando esta decidió casarse con él.

—Además, cree que soy demasiado mayor para ti —añadió Matthew. Luego la estrechó entre los brazos y la besó—. Lo mejor es que nos olvidemos de los demás. Aprovechemos lo que tenemos mientras lo tengamos…

Sonó como un advertencia para que no se hiciera ilusiones. Y, al cabo de pocos días, las dudas y los temores de Rachel se tornaron más y más justificados.

Había quedado con Matt después del trabajo en el apartamento de éste, del que le había dado una llave, y; habiéndose llevado algunos papeles para trabajar mientras lo esperaba, se sentía tan en casa que descolgó el teléfono cuando sonó, en vez de esperar a que el contestador saltase.

Era Neville Stiller, el cual estaba devolviendo una llamada previa de Matt, en la que lo había informado de que Kevin ya había recibido el alta y proseguía con el periodo de convalecencia en casa.

—No sabía que estuvierais viviendo juntos —comentó Neville cuando Rachel le dijo que Matt no estaba en casa.

—No lo estamos —replicó ella con frialdad.

—Al final no quedamos nunca para esa comida…

—No.

—Ni quedaremos, ¿verdad? —dedujo él por los monosílabos de Rachel—. ¿Ni siquiera para darme las gracias por haberte conseguido ese contrato que tanto queríais tu socio y tú?

—Eso fue una decisión de negocios, no un favor personal —replicó ella—. Y no insistas, Neville, sé que solo quieres ponerme en

contra de Matt.

—¿Quizá porque estoy preocupado por ti? Después de todo, tú no lo conoces como yo. Lo más probable es que no sepas nada de su lado oscuro. Una persona que pasó por el reformatorio acusado de violar a una chica de quince años podría ser conflictiva, ¿no te parece?

Rachel no pudo seguir escuchando. Le tembló tanto la mano, que tuvo que soltar el auricular. Luego corrió al baño a vomitar.

No podía ser cierto. ¡No podía!, se dijo mientras miraba en el espejo el pálido reflejo de su cara. Miró el anillo que llevaba en el dedo y se lo quitó asqueada.

Y, entonces, oyó que abrían la puerta,

—Neville te ha llamado. Me contó… yo… por favor —dijo Rachel nada más verlo—. Dime que no es verdad.

—¿Qué no es verdad? —preguntó él con precaución.

—Que fuiste al reformatorio por violar a una chica de quince años —respondió ella, con la voz quebrada por la emoción.

—Rachel, no es lo que parece…

—¿Lo que parece! ¡No me digas lo que parece! ¡Solo quiero saber si es verdad! —exigió histérica.

—Rachel, iba a contártelo…

—¿Es verdad? —gritó ella—. Es una pregunta fácil: ¿te acusaron de violación o no?

—Sí, pero…

—¿Y fuiste al reformatorio?

—También, pero…

—Dios… —Rachel empezó a llorar. Se sentía como si la hubieran violado de nuevo—. Entonces es verdad…

—¡No!, ¡.por Dios, Rachel! ¡Escúchame! ¡No fui yo! —Matthew se acercó a Rachel, pero esta lo rechazó.

—Te creí. Me creí como una idiota toda esa historia de que eras virgen —dijo entre sollozos—, un hombre honorable… Me enamoré de ti, confíe en ti…

—Pues sigue confiando —le suplicó Matthew—. Yo nunca te mentiría.

—No… no sé qué pensar —Rachel creía que le iba a explotar la cabeza—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque tenía miedo. Quería que me conocieras primero, para

que no tuvieras ninguna duda cuando te lo contase —dijo Matthew, desesperado—. ¡Por Dios, Rachel!, ¡estoy enamorado de ti! ¡Jamás haría algo que pudiera herirte! Sé que cometí un error no contándotelo, pero, ¿tan poca fe tienes en mí? ¿De verdad crees que fingí ser virgen? Créeme, te lo juro por Dios, yo no he violado a nadie.

—Lo siento, no sé… —Rachel agarró el bolso. ¿Así le decía que estaba enamorado de ella?, ¿no en un momento de pasión o de ternura?

—Rachel…

—No, tengo que irme. No intentes seguirme… Tengo que estar sola.

Sabía que era peligroso conducir en aquel estado de nervios, pero le dio igual. Necesitaba encontrar un sitio donde sentirse a salvo y lamerse las heridas.

Por suerte, antes de llegar a casa, el cerebro empezó a funcionarle de nuevo y le ordenó que pensara y recapitulase: ¿qué le había dicho Neville sobre el lado oscuro de Matt?

Que había estado en el reformatorio acusado de violación. Pero eso no significaba que Matt hubiese violado a nadie. Matt aseguraba que era inocente: ¿cómo podía creer a Neville antes que a él?

Sabía a quién quería creer, pero ese era el problema precisamente. Que no se atrevía a confiar en su propio instinto. Todo ese tiempo había pensado que era Matt quien estaba poniendo un freno a su relación, pero quizá fuera ella la que no se había entregado a fondo. Y, al final, había salido corriendo.

Había condenado al hombre al que amaba sin escucharlo siquiera.

Detuvo el coche, apoyó la cabeza sobre el volante y cerró los ojos.

En aquel entonces habría sido un chiquillo. Un chiquillo que se había convertido en un hombre adulto que le gustaba, al que respetaba… y quería…

Oyó que golpeaban en la ventanilla del coche y giró la cabeza esperanzada, pero no fue a Matt a quien encontró:

—¿Señorita Blair? Me preguntaba si podía charlar con usted.

Rachel esperó a que el corazón dejara de latirle a toda velocidad y salió del coche para atender a Max Armstrong, el detective al que

Frank había despedido.

—¿Qué pasa? —le preguntó con precaución.

—No se preocupe, no tengo nada contra usted… Por eso estoy aquí —respondió él—. Me voy a otra agencia, donde me pagarán mejor. Pero quería advertirla de una cosa: no se fíe de su socio.

—¿De Frank?

—Sí, ¿recuerda la fiesta en la que trabajamos hace un par de semanas?, ¿esa de alta sociedad?

¡La fiesta de Merrilyn! ¿Cómo iba a olvidarla? Max Armstrong se había hecho pasar por camarero para vigilar a los invitados.

—Será mejor que entres —propuso Rachel.

—No, gracias —rehusó él—. Solo quería decirle que Weston me pidió que la vigilara esa noche… dijo que no estaba seguro de si sería capaz de manejar la situación… y me dio una cámara de esas ultramodernas por si pasaba algo… Y, bueno, después de que ese tipo se cayera a la piscina, la seguí a la casa de invitados.

—¡Nos fotografiaste! —concluyó Rachel.

—Para mí fue solo un trabajo. No sé cómo salieron las fotos, ni si salieron siquiera. Yo le entregué la cámara a Weston al día siguiente. Le dije que no había pasado nada: que tuviste que manejar a un tipo borracho y él me dijo que de acuerdo —prosiguió Max—. Pero cuando decidió despedirme, tuve la corazonada de que no tenía que ver con mi eficiencia profesional. Yo que usted no me fiaría —le aconsejó.

—Gracias por la información.

Rachel lo vio alejarse y desaparecer. No se molestó en entrar en casa. Volvió al coche, llamó a Frank por el móvil directamente y colgó nada más contestar él. Luego, condujo hasta su casa.

Una vez allí, mientras reunía fuerzas para hacer frente a Frank, vio que la puerta del copiloto se abría y que Matt se sentaba a su lado.

—¿Qué haces aquí?, ¿me estás siguiendo? —le preguntó.

—Deberías dar gracias de que no me guste que me den órdenes. ¿Pretendías enfrentarte a un ex-torsionador sin ningún refuerzo?

—¿Lo sabes?

—He tirado de algunos contactos y he descubierto que es Frank quien te estaba causando esos problemillas burocráticos —la informó Matt—. Después de que te marcharas, llamé a Neville y lo

amenacé con decirles a mis padres la verdadera razón por la que Leigh se casó conmigo. Él sabe que mi padre no se lo perdonaría, así que me prometió no entremeterse más… y me dijo que Frank tenía unas fotos comprometedoras de nosotros dos. Al parecer, estaba dispuesto a entregárselas a Neville a cambio de conseguir contratos para la empresa. Luego las sacarían a la luz, yo quedaría humillado frente a mi padre y tú te verías obligada a venderle tus acciones a Frank, una vez desacreditada a ojos de cualquier posible cliente.

Rachel se sintió la mujer más desgraciada del mundo.

—No puedo creérmelo. ¡Se va a enterar! —

—Sí, pero no vas a entrar ahí sola —dijo Matt. Le estaba ofreciendo el apoyo que ella le había negado. Estaba tan avergonzada…

—Gracias, pero no necesito…

—Claro que sí, Rachel —aseguró Matthew con firmeza—. Lo que pasa es que no quieres reconocerlo.

Rachel asintió con la cabeza. Matthew había tenido el valor de buscarla, a pesar de no haber confiado ella en él. Lo menos que podía hacer era admitir que se había equivocado.

—Lo siento —murmuró—. No debí reaccionar así. Sé que no violaste a esa chica.

—¿Lo sabes? —Matthew esbozó una sonrisa desafiante—. ¿Has descubierto alguna prueba decisiva en la última media hora?

—No necesito los detalles para…

Matthew la detuvo con un gesto de la mano.

—Espera. Vamos a ir por partes. Primero, arreglaremos lo de Frank.

—¿Así que has sido tú la que ha colgado? —preguntó este, un minuto después, cuando les abrió la puerta—. ¿Querías asegurarte de que estaba en casa?

—¿Podemos pasar? —respondió Rachel—. Nos gustaría hablar contigo sobre un problema de comunicación que parece haber entre tú y yo.

Dio la impresión de que Frank pensaba negarse, pero acabó echándose a un lado y los guió hasta el salón.

—Supongo que fue eso lo que usaste para retocar las fotos que Armstrong te dio —dijo Rachel sin rodeos, al ver un ordenador, un

escáner y una impresora que había sobre una mesa.

A fin de asegurarse de que no había malentendidos, lo puso al corriente de lo que Matt y ella habían descubierto. Pero, sorprendentemente, Frank no pareció alterarse. En todo caso, dio la impresión de sentirse aliviado.

—Está claro que eres mejor detective de lo que pensaba — comentó sin más.

—¿Ni siquiera vas a intentar negarlo? —preguntó Rachel, dolida.

—¿Para qué? Si te digo la verdad, ya estoy harto de todo ese lío - Frank se mesó el cabello-Nunca pensé que las cosas llegarían tan lejos. Pensé que renunciarías antes a tu parte del negocio… Fue una estupidez. Ni siquiera sé por qué lo hice. Bueno, sí… claro que lo sé. Lo hice porque había trabajado mucho para llegar hasta aquí. Dave y yo fundamos Weston y convenimos que solo nos pertenecería a nosotros… Pero luego te cedió sus acciones en el testamento… Al principio no me importó mucho, pero luego insististe en ayudar. Así que hice todo lo posible por que la empresa se fuera a pique, dentro de unos márgenes que yo pudiera salvar luego, para que tú no aguantaras la presión y me vendieras tus acciones. Y entonces apareció Armstrong con esas fotos… Yo no quería hacer nada ilegal: solo tener una excusa para obligarte a dimitir… Pero perdí el control. No sé cómo llegué a mandar esas segundas copias al hospital. Me di cuenta de que me había equivocado y acabé destruyendo los negativos, con la esperanza de que todo se olvidaría con el tiempo.

—Pero Rachel te ha descubierto —dijo Matt—. La cuestión es: ¿qué va a pasar ahora?

—Supongo que dejaremos de ser socios o le compraré sus acciones — respondió Frank en tono cansino.

—Pero eso significaría que tú ganas —objetó Rachel—. No veo por qué ibas a salir indemne después de lo que has hecho.

—¿Qué problema hay en que sea Rachel la que compre tus acciones? —sugirió Matthew—. Creo

que ha demostrado ser muy eficiente. Y yo estaría encantado de prestarle el dinero que necesitase.

—¿La empresa Weston sin un Weston! —bramó Frank, furibundo—. Mira, Rachel, tómate unos días para pensar. Estoy

seguro de que podemos llegar a un acuerdo… Sí, he hecho algunas cosas malas, pero nada que no pueda compensar. Y nada ilegal, salvo usar la llave de David para entrar en tu casa y recuperar esas fotos.

—¡No puedo creerme la desfachatez de este tipo! —exclamó Rachel mientras volvían al coche, minutos después—. No, si al final hasta tendremos que darle las gracias.

—Puede que en parte sí —terció Matthew—. De no ser por él, no habríamos hecho público nuestro compromiso. Y de no ser por esas fotos, no habríamos vuelto a vernos. Supongo que podemos considerarlo como nuestro cupido personal.

Cupido, dios del amor…

Rachel se giró hacia Matt y lo miró a los ojos:

—Quiero que sepas que jamás he admirado a un hombre tanto como a ti.

—Eso suena muy prometedor —Matthew sonrió—. ¿Por qué no vas un paso más allá?

—Sé que no creerás que te quiero…

—Ni tú que yo te quiero a ti.

—¿A pesar de no haber confiado en ti?

—Tenías derecho a estar enfadada: debería haber sido franco contigo, como tú lo has sido conmigo. No quiero que entre nosotros haya secretos —dijo Matthew, el cual pasó a explicarle los detalles de la supuesta violación—. En realidad, no fue nada: solo una chiquilla que quería ocultar que había tenido relaciones sexuales con su novio. Sus padres la pillaron entrando muy tarde a casa después de una fiesta y ella se asustó y dijo que había sido violada. Cuando sus padres llamaron a la policía, ella no quiso culpar al novio y me señaló a mí. Yo había estado en esa fiesta y me había visto salir solo cuando su novio y ella se iban en su moto. Juró que la había violado y que la había amenazado con matarla si contaba lo que había hecho. Pasé tres días en el reformatorio; pero, por suerte, la chica comprendió lo que había hecho y acabó confesando la verdad. Desde entonces, cada vez que una chica se acercaba a mí, me daba miedo que luego fuera a acusarme de violación. Quizá por eso me enamoré de Leigh… la veía tan inalcanzable que me hacía sentirme seguro. Hasta que llegaste tú y descubrí el amor verdadero.

Rachel le agarró una mano y la puso sobre su pecho, para que sintiera los latidos de su corazón.

—No puedo borrar lo que ya has sufrido, pero me alegra ser yo la mujer a la que has elegido. Solo lamento haberte causado tantos problemas…

—Contigo, hasta los problemas son agradables —dijo Matthew —. Mi vida ha sido muchísimo más emocionante desde que formas parte de ella.

—No creo que pueda mantener este ritmo —advirtió Rachel—. Y ahora, ¿adonde vamos? —añadio, y Matt supo que no se refería al siguiente trayecto en coche.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Me da igual, con tal de que estemos juntos.

—Entonces necesitarás esto —Matthew metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo que Rachel se había quitado en su casa—. Póntelo, es tuyo.

—Pero… no quiero seguir fingiendo… —susurró Rachel.

—Yo tampoco —Matthew le puso el anillo—. Esta vez es de verdad.

Epílogo

DESPERTAR junto al hombre que amaba era un placer exquisito.

—Buenos días, marido —murmuró Rachel nada más abrir los ojos.

—Feliz aniversario, esposa —ronroneó Matthew, al tiempo que la situaba encima de él.

—Seis años y sigues insaciable —lo acusó Rachel, sonriente.

De pronto, se abrió la puerta y apenas tuvieron tiempo para separarse y cubrirse con las sábanas.

—¡Foto, foto, Kevin ha hecho foto! —dijo un niñito de cuatro años mientras corría hacia la cama.

Matthew lo levantó con un brazo y lo colocó sobre el colchón.

—¡Dios mío! —exclamó Rachel tras quitarle la cámara al niño y ver la foto que acababa de hacer—. ¡Mi hijo es un chantajista!

—¿A ver? —Matthew miró la foto—. Esto me trae buenos recuerdos —bromeó.

Rachel había hecho las paces con Frank. La empresa había crecido año a año, aunque Rachel había reducido su jornada laboral después de tener a Kevin e incluso pretendía tomarse una vacaciones durante una buena temporada.

—¡Mamá tiene «tipita»! —dijo el niño mientras daba una palmada sobre el vientre de Rachel.

—Ahí dentro está tú hermana —respondió Matt.

—¿Hermana? —Rachel enarcó las cejas—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Bueno, sé que siempre me has dado todo lo que he querido —Matthew sonrió—. ¿Por qué ibas a parar ahora?

—Podrían ser gemelos —lo provocó ella.

—No tendré tanta suerte —contestó Matthew, mirando a su

esposa, embelesado de amor.

Pero, para exultante desgracia de Rachel… ¡la tuvo!



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.